

rara avis



Lucie Delarue-Mardrus

El ángel y
los perversos



ALBA

Lucie Delarue-Mardrus



El ángel y los perversos

Traducción
Andrés Ruiz Merino

rara avis
ALBA 

Índice

Cubierta

Portada

Nota al texto

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

Intermezzo

XI

XII

XIII

XIV

XV

Notas

Créditos

Sobre Alba

NOTA AL TEXTO



El ángel y los perversos (L'ange et les pervers) se publicó por primera vez en 1930 (en la colección Livre Moderne Illustré de Éditions Ferenczi et Fils, París).

I



Soñaba a menudo que su madre, o más bien la bestia ciega que actúa en nosotros independientemente de nuestra voluntad, había deseado, cuando lo llevaba en su vientre, tener gemelos, pues, desde la edad en que el ser humano entra en la angustia del alma, su instinto le hacía sentir a su lado un misterioso segundo yo.

La fina dama, de mirada reticente, macerada en la distinción y la rigidez de su linaje, quiso, desde la cuna, cuidar ella misma de la criatura enfermiza que había traído al mundo. Jamás dejó a su hijo, ni por un instante, en manos subalternas. Esto apenas se ve entre las anglosajonas, especialmente de clase alta. Lo bañaba, lo vestía, lo entretenía, lo acostaba sin ayuda de niñeras. Fue de ella de quien aprendió sus primeras oraciones, al mismo tiempo que a leer, escribir y contar en inglés y francés.

Esto supondría, al menos en Francia, la más exaltada ternura de una madre con su hijo. Pero el beso seco con que el niño era recibido cada mañana y despedido cada noche bastaba para guardar terriblemente las distancias. Protocolo glacial a la hora del recreo:

–¡Juegue!... –ordenaba la señora de Valdeclare.

Y, si a veces condescendía, en días de lluvia, y jugaba una partida a la oca, ninguna familiaridad acompañaba ese pasatiempo.

Es muy probable que el padre, hombre taciturno y severo, exigiera siempre de su esposa, y no sin infundirle terror, tal sistema educativo. Huía visiblemente de su único retoño, al que inspiraba el más monstruoso espanto. Ningún extraño, por antipático que fuera, habría mirado al pobre niño con ojos tan poco amistosos.

Llevado algunos días en el auto que utilizaba Hervin de Valdeclare para visitar sus granjas y, a veces, llegarse hasta París, atraído allí por notarios, el niño, a través de infinitas llanuras de remolacha que nadie se detendría a mirar, se aferraba a su madre y bajaba obstinadamente la cabeza para no ver el rostro del caballero de largos bigotes que era su padre.

El primer clérigo que apareció en la casa para instruirlo, traído de París en un corto viaje de negocios, fue un viejo y huraño sacerdote cuya presencia acentuó aún más el régimen al que estaba sometido el niño más dulce de la tierra.

Amén. Todos los padres son estirados y desconfiados, todos los clérigos, desdentados y adustos, todos los niños, tratados como prisioneros culpables.

Delicado y resistente, el pequeño alternaba entre la cama y la sala de estudio, recuperaba en tres días lo perdido en un mes de enfermedad, y a veces era necesario frenar la avidez febril con que aprendía las lecciones y hacía los deberes, aunque en otros momentos su pereza le valiera castigos.

Alejado implacablemente de otros niños, ni siquiera asistió, llegado el momento, al catecismo, sino que recibió del cura la enseñanza piadosa. No tenía derecho a hablar con los sirvientes. No jugaba sin ser vigilado. El reinado del viejo sacerdote no abolió esa vigilancia celosa. Silenciosa, la delgada inglesa asistía a cada lección,

acompañaba en cada paseo. Y, por la noche, el niño dormía en una pequeña habitación contigua a la suya.

Privado de toda intimidad con los reprimidos personajes que rodeaban su vida, alimentado de trabajo, frialdad y enigma, dirigía al vacío, llenos de las preguntas disparatadas de la infancia, sus grandes ojos, en los que tres colores claros, dispuestos en forma de rosa, recibían la sombra de los arcos superciliares, ligera prominencia de una frente despejada y rica en inteligencia.

Consumido por la palidez, las manos delgadas, llevaba, en toda su frágil persona, ese tipo de patetismo que constituye la belleza de los inválidos.

Mother, decía. «Mamá» habría sido demasiado tierno para ese niño al que no se quería. Nadie lo tuteaba. No tenía perro. Ni gato. Su único amigo era el Doble no creado, que lo obsesionaba y al mismo tiempo le faltaba, demonio familiar de un ser inquieto e inquietante.

Nunca estaba solo. Únicamente a la hora de preparar sus lecciones para el cura o en su cama cuando invocaba la presencia de su fantasma.

Olvidamos muchos sueños de nuestros primeros años, y nadie está allí a tiempo para registrarlos. La invención quimérica de todos los niños, sobre todo de algunos, proporcionaría obras maestras de poesía o de fantasía a quien supiera escribirlas en una lengua lo bastante cercana a su concepción.

El pequeño de Valdeclare bajaba hipócritamente los ojos hacia su página y, mudo, hablaba con el otro mudo, su hermano invisible. Los juegos que imaginaba, verdaderas creaciones en que desbordaba el genio de esa edad, se arremolinaban en su cabeza. En sus sueños

había efusiones, riñas y lirismos que hacían pasar por su rostro absorto expresiones tales que la voz de su madre, casi asustada, se elevaba:

–*What is the matter, Marion?*

Ella pronunciaba *Mârionn*, ese nombre inglés que sirve para ambos sexos. El pequeño se estremecía, como quien es despertado bruscamente cuando duerme. No podía dar una explicación verosímil. ¡Precisamente, estaba inclinado sobre un ejercicio de aritmética! Temeroso, miraba a aquella que, al otro lado de la mesa, cosía espiándolo a escondidas. Rápido; improvisaba:

–Pensaba en el señor cura, que casi se cae ayer al lanzarme la pelota. ¿No lo vio usted?

Sin embargo, detestaba esa pelota, esa diversión oficial a la que no se le podía añadir nada nebuloso o funambulesco. Se la habían regalado la última Navidad, en lugar de la muñeca que pedía. También le estaba prohibido recortar papeles, tanto de colores como dorados. Un juego de *taquin*¹ y un pequeño automóvil mecánico tampoco le habían dado placer alguno. El único juguete que le gustaba era un viejo caleidoscopio, olvidado de la familia. Que se le autorizara a perder el tiempo en esa pequeña fantasía lo sorprendía hasta el espanto. «Si lo miro demasiado, me lo quitarán», pensaba. No sabía que era una especie de niño mártir. Habría querido esconderse para disfrutar de la maravilla, teniendo la impresión de cometer un acto prohibido. Pero no podía esconderse.

La gran fiesta cotidiana era para él irse a dormir. Su madre, ojo ardiente en las penumbras de la lámpara de noche, podía, por supuesto, verlo desde su cama. Pero, vuelto hacia la pared, saboreaba un instante inefable de liberación. Volvía a ser dos y

sonreía a su hermano. Lo malo era que se dormía demasiado rápido. Pero, antes de hundirse en ese final de todo que se llama sueño, tenía tiempo de hacer sus confidencias. Una palabra de niño, «pupa», seguía presente en su vocabulario clandestino. Las penas del día se resumían así:

–¡Pupa!, la historia de la lección que no supe... ¡Pupa!, la historia de jugar a la pelota cuando no tenía ganas... ¡Pupa!, la historia de papá en la escalera...

Y, algunas noches, ese grito supremo de desesperación:

–¡Pupa!, la historia de todo.

Al crecer fue perdiendo sus sueños y se lanzó al estudio desenfrenado. A los catorce años componía como si nada versos latinos, conocía de memoria piezas enteras de Racine y de Corneille, se iniciaba en el cálculo integral, se perfeccionaba en botánica, abordaba la astronomía, dominaba perfectamente el inglés, leía a los poetas alemanes. Hubo que cambiar de cura. Los sucesores renunciaban uno tras otro a aquel alumno devorador.

–¡Será benedictino! –decían, espantados.

La primera vez que se pronunció la palabra, Marion vio un milagro: una sonrisa en el rostro serio de la señora de Valdeclare.

Un poco más tarde, ella le preguntó por sus intenciones. Si quería el seminario, no se lo negaría. Su padre, en la mesa, llegó incluso a dirigirle la palabra:

–¡Sacerdote es lo mejor que usted podría ser!

No respondió. ¡Hablaba tan poco! Entonces empezó un verdadero asedio alrededor de su alma adolescente. El cura del pueblo, a quien ayudaba a misa desde hacía seis años, la madre, incluso el padre, decían: «¡Seminario! ¡Seminario!».

Sin embargo, la estrecha vigilancia de cada día, en lugar de relajarse, se acentuaba aún más.

La soportaba como la había soportado de niño, pero ahora se sentía superior a la vieja protestante, a la figura encogida, ya encanecida, que seguía cosiendo en silencio en medio de sus libros, tirana empalagosa con acento inglés. Cada vez que levantaba los ojos hacia ella, ella apartaba los suyos. A veces echaba hacia atrás su cabeza de serafín inspirado para mirarla sin decir nada. Una insolencia silenciosa afloraba. Ella tosía, incómoda, y, con una voz cada vez más vacilante:

–*What is the matter, Marion?*

Pero él ya no se dignaba siquiera responder.

Quince años. Su siniestra infancia había terminado. Iba a entrar en la edad de la independencia. Esperaba la hora en que su poltronería cedería ante el empuje de las fuerzas de la virilidad. ¡Qué vergüenza sentirse tan tímido!

Maníaco, intentaba mirarse en los espejos, se palpaba furtivamente el labio, donde no crecía nada. El primer pelo del bigote sería la señal de una revolución en todo su ser. Su corazón latía con fuerza ante esa idea.

–¡Les demostraremos que somos hombres! –decía de noche, fanfarrón, a su gemelo de sombra.

Aborrecía particularmente a su padre, ese sombrío ocioso encerrado siempre en un gabinete de trabajo inútil.

–En lugar de ir al seminario, ¡nos escaparemos de casa! ¡Ya lo verá! ¿Y el cura?... ¿Y *mother*?... ¿Qué dirán?...

Reía en su almohada, con esa risa solitaria a la que lo habían condenado, una alegría malsana que reprimía como una

inconveniencia. Y, de pronto, la risa cesaba, un suspiro hinchaba su tórax demasiado estrecho.

–¡Pupa!, la historia del bigote que no crece.

De pronto, la muerte.

El primer día que guardó cama, *mother* pidió que su hijo se quedara en su habitación. Ya había pasado antes, cuando él debía trabajar junto a su cama mientras ella estuviera acostada. El cura, que no podía entrar, esperaba a que ella se restableciera para reanudar las lecciones.

Pero el cura no esperó, hizo la maleta y huyó una mañana ante el anuncio de la gripe, que, le dijeron, era contagiosa. Y, de hecho, lo era.

Viendo dos diamantes en los ojos de la moribunda, Marion se inclinó sobre la cama. *Mother* le tomó las manos y se las apretó, movida por una fuerza extraordinaria. La oyó articular: «*My poor, poor child!...*» (¡Mi pobre, pobre niño!).

¡El remordimiento, al fin! ¡Un poco de ternura *in extremis*!

Por primera vez en su vida, gritó:

–¡Mamá!

Pero ella había dejado de vivir y no lo oyó. Perdido en la muerte y la incompreensión, se volvió hacia su padre, inmóvil al pie de la cama, y recibió su mirada cargada de odio. Los labios del hombre se movieron:

–¡Desdichada! ¡Ya la ha hecho usted sufrir bastante!

–¿Yo?... –exclamó entre sollozos.

Dos figuras de negro en el comedor demasiado grande: el padre y el hijo frente a frente.

–Me es imposible encargarme de usted. Tendría que hacerlo su madre.

–Sí... –dijo Marion con su voz infantil, que empezaba a cambiar.

–Me es imposible quedarme aquí todo el tiempo. Tengo que salir, viajar. Sin embargo, no puedo enviarlo con los jesuitas.

–¿Por qué, padre?... ¿Por qué, padre?

La vehemente esperanza acababa de gritar. ¡Otros compañeros! ¡Salir de casa, de los campos de remolacha! ¡Vivir!

Repite:

–¿Por qué, padre?

–Porque...

La boca austera se cerró de golpe. Silencio.

Algún día comprendería con qué desesperación lo había amado su madre, sin ninguna duda, como una perra angustiada que protege a su cachorro de los brutos... ¡Ah, qué brutos!

Cuando estaba a punto de salir del colegio, del infierno, con todos los diplomas y sin haber vuelto a ver a su padre, ni siquiera en vacaciones, desde que este había decidido abruptamente enviarlo con los jesuitas, se enteró de que era huérfano, heredero del castillo del norte bombardeado durante la guerra y de una pequeña fortuna.

Siempre había estado solo en el mundo. Amargamente se puso en marcha hacia la vida con su doble, su extraño y nefasto doble, su tara de nacimiento.

II



—No vale la pena molestarla. Ella no ama nada ni a nadie.

La voz interior de Laurette Wells siguió imperturbable cuando pronunció estas palabras, expresión de la cólera más irónica. Recolocó sobre sus piernas un extremo de su manta de armiño, que cubría en parte a Janine, acurrucada al pie de la cama, y sus ojos de acero lanzaron un destello en el claro de luna de la habitación, que nunca estuvo más iluminada que esa noche.

El juego de espejos, el candelabro veneciano, cantidad de cristales raros, proyectaban reflejos y destellos de hielo entre las siluetas del mobiliario y las pieles de animales blancos.

Un ligero perfume flotaba junto con los meandros azulados del humo de una de las tres, que no dejaba de fumar. Los cristales desnudos estaban negros del invierno sobre el jardín de las cinco de la tarde.

El contralto de la fumadora, inmóvil y apartada de las otras, hizo estremecer a Laurette y Janine, pues es difícil acostumbrarse a esas notas graves que se quiebran a menudo de forma tan extraña.

—¿Ha oído eso, Janine? No amo nada ni a nadie. Está perfectamente dicho.

—¡Oh! —protestó Janine—, no pretenderá hacernos creer...

La chica de voz ronca se resignó.

–Naturalmente. ¡Ya me lo esperaba!

Antes de recogerse en el sillón violeta que ocupaba, su gran mano se extendió hacia los cigarrillos que se ofrecían en el centro de una mesa china. Su perfil, por un instante, mostró su corte de pelo, un peinado brillante, rasgos firmes, una boca delgada, extremadamente dolorida. También se vio la sombra ligeramente maquillada donde vivía su ojo de tres tonos de azul bajo la ceja prominente.

Janine comenzó a gemir:

–¡Usted no ama nada ni a nadie! ¡Qué lástima! ¡Una joven tan bella como usted!

–¿Quién le ha dicho que soy una chica?

La mirada de tres tonos de azul fascinaba ahora a la grácil muchacha tumbada al borde de la cama. Entonces se oyó la risa de Marion. Una mano en la boca para sofocar eso que no tiene derecho a salir, horrible recuerdo de infancia, cosa malograda que da escalofríos.

Cuando termina:

–Adivinen lo que soy.

–¡Un arcángel! –exclama Janine con fervor–. ¡Un bello arcángel que ha venido a visitarnos a la tierra!

–Y que tiene prisa por salir volando de aquí... –murmura Laurette entre dientes–, si sigues insistiendo tan ridículamente para que tome el té en tu casa. Los arcángeles no toman el té con las pequeñas divorciadas. ¡Déjenla en paz, todas ustedes! ¡Les digo que no ama nada ni a nadie!

–No te ama a ti... Que no es lo mismo.

–A ti tampoco.

Marion, las caderas estrechas ceñidas en su traje de chaqueta, las piernas cruzadas, fuma con el pensamiento en otra parte.

–¿Janine? ¿Vuelve a pie a su villa esta noche?

–Sí, está aquí al lado. ¿Quiere acompañarme?

–¡Oh, no!... ¡En absoluto! –exclama Marion, aún con su acento inglés, mientras que Laurette, educada en nuestros internados, ya no conserva nada de británico en su francés.

–¿Por qué me pregunta si vuelvo sola, Marion?

–Porque he visto en el jardín de Laurette algo que usted también verá cuando pase bajo la luz de la lámpara en arco. Quédese quieta un momento cerca del arbusto, ¿sabe?, en la curva de la gran avenida. Por mucho que estemos en Neuilly... Pronto verá alargarse sobre el suelo la sombra de alguien que se acerca. Mirará quién es y no verá a nadie porque no habrá nadie. La sombra caminará sola por el suelo.

–¡Me encanta lo que cuenta! –dice Laurette, que tiene algo de poeta.

Pero Janine tiembla.

–¡Tengo miedo! ¡Ahora no me atreveré a cruzar sola el jardín!
¡Venga conmigo, Marion!

–Tendrías mucho más miedo con ella. Te voy a mandar al chófer.

Janine se levantó tristemente para ponerse el abrigo.

–Qué pena tener que volver a casa por ese té... Y qué lástima que Marion no venga conmigo...

–Bonita, ¿verdad? –dijo Laurette cuando se hubo marchado.

–Mucho.

–¿Por qué ser tan fría con ella, Marion?

–Y ¿por qué no habría de serlo? No me interesa.

–¡Tampoco a mí! Tan superficial... Incluso físicamente, deja bastante que desear.

–¡No es para tanto! –soltó Marion mientras encendía otro cigarrillo—. Alguien que deja que desear, ¡qué maravilla! Porque entonces uno inventa todo lo que no hay. Desear; debe ser tan chic...

–A sus treinta años, Marion, ¿usted nunca ha deseado?

–No.

–Ha dejado ese trabajo a los otros, cuando los otros la miraban

–¡Ay, sí!

–No ponga esa cara de acosada. Yo no soy los otros. Hace cuatro años que sé bien a qué atenerme.

–No lo sabe; de lo contrario, dejaría de hacerme esas preguntas.

Trajeron el té. Delante del criado, empezaron a hablar en inglés. A solas, retomaron el francés.

–¿Por qué en francés?... –subrayó Marion—. Usted es americana y yo medio inglesa.

–Justamente por eso. El idioma extranjero ayuda a decir verdades. Es como cuando una lleva una máscara.

–¿Tanto le gusta la verdad?

–Depende de con quién esté.

–Y ¿es precisamente a mí a quien elige?

La ceja izquierda de Laurette se alzó muy lentamente, señal de asombro o emoción para quienes la conocen bien. Rosada y blanca, cabellos de vidrio hilado, su fría energía solo se revelaba en unas cejas espesas, en la raíz vigorosa de su nariz sin delgadez, ligeramente aquilina, y en el trazo sensual de su boca de dientes

sanos, que, al sonreír, se levantaba en las comisuras y súbitamente volvía sardónico todo el rostro.

Líneas redondeadas de un cuerpo muy femenino, cabellera de hada, voz suave, rubores tímidos: un delicioso pastel que, como por arte deliberado, reservaba la sorpresa de unos ojos como lamas de espada, brillantes de inteligencia, de sarcasmo y de voluntad, unos ojos que parecían mirar solo una cosa y lo veían todo.

Marion dejó la taza, abrió su bolso y se retocó los labios antes de volver a fumar. Laurette, con mano distraída, empujaba hacia ella los caramelos que comía sin elegir, como bocados de pan. La caja se vaciaba rápidamente. Siempre recostada, la cara enmarcada en su cabello cortado a la altura de las orejas:

–Le agradezco, Marion, que sea como es. Creí que ya no podía sufrir, y usted me ha devuelto ese poder.

–No se ponga literaria –dijo Marion–. Ese hermoso sufrimiento se consuela bastante bien. La habitación estaría llena solo con sus últimas víctimas, sin contar a Janine, aunque no le interese.

–Janine... Sí... ¡Me gusta tanto la forma de su nariz!

–¡Lo sé! ¡Lo sé! Usted es el escultor griego que hace una sola estatua con los atributos de veinte mujeres. La nariz de Janine le ha servido como los ojos de aquella del tren. Probablemente ni siquiera recuerda lo que me dijo hace dos años, al volver de Constantinopla.

–No, Marion.

–Le preguntaba por las impresiones del viaje... En primer lugar, ¿por qué fue a Constantinopla?

–Sí... ¿Por qué fui a Constantinopla?

–Nadie lo sabrá nunca, ni usted tampoco, probablemente. Usted no ve nada cuando viaja, solo detalles en los rostros. En todo caso,

me dijo: «¿Turquía?... Subió a mi compartimento una chiquilla que me hizo olvidar por qué había ido. ¡Me gustaba tanto la disposición de sus ojos en la cabeza!».

Laurette se echó a reír con esa risa suya, casi tan débil como su voz, pero con una alegría que, de pronto, era sincera como la de un niño.

–¡Ah, Marion! ¡La quiero tanto!

Marion, por un momento, la observó con una mirada curiosa.

–Me quiere porque siente que no entro en sus tonterías sentimentales. Eso la cambia un poco.

Cuando la atacan o critican, Laurette siempre responde con elegancia.

–Mis tonterías son poca cosa, lo sé. Pero una no puede dar más de lo que se le pide. Con usted soy sencilla, Marion.

–Quizá... Cuando no hay nadie más.

–¿Por qué concede a veces a la gente el honor de estar con ella?

–¡Ah, vaya! Porque me gustan los huevos claros.

–¿Los huevos claros? ¡Qué bonito! ¿Qué quiere decir eso?

–Significa huevos no fecundados, de los que nunca saldrá nada.

–¿Sí?... Y ¿por qué le gustan?

–Porque uno siempre ama lo que se le parece.

–Pero, Marion, ¡usted no es un huevo claro! Cuando ha escrito las dos obras que me leyó...

–Y que nunca serán representadas...

–¿Y qué? Eso no impide que existan.

–Laurette, espero que no vuelva a hablar de eso con nadie más. Se las leí con esa condición. Pero ¡ha ido usted contando a todo el mundo que...!

–Bien sabe que soy como las cerraduras con código, tan complicadas de abrir que se abren más fácilmente que las otras.

–Sí, ahora lo entiendo. No volveré a contarle nada de mis aficiones literarias.

–iMarion! ¡Era una pena guardar para mí sola una noticia tan hermosa! Hay genio en sus obras. ¿Cuándo las leerá aquí? Vendrá gente del teatro, artistas, críticos...

–iLaurette, es usted imposible! ¿Cómo tengo que repetirle que *no quiero* que se sepa que escribo teatro?

–Querida, *es necesario* que se sepa.

Marion, aunque pálida, palideció aún más. Sabía que esa voz débil podía obstinarse indefinidamente en repetir lo que le estaba prohibido decir.

Su puño golpeó el brazo del sillón violeta. Esa cólera contagiosa hizo que los ojos de Laurette se volvieran aún más oscuros y, de pronto, duros.

–Cuando se es lo que usted es, no se guarda silencio. La superioridad debe tener su sitio, como la estupidez. Usted...

–Me voy –dijo Marion levantándose–. Sé que no hará más que repetir eso hasta mañana. Su prodigiosa obstinación es quizá el más sincero de sus vicios, en los cuales solo creo a medias, pese a todo lo que hace para que se conozcan.

–iNo!... –suplicó Laurette–. ¡No se vaya! ¡No me deje sola con mis vicios!

–No es tan mala compañía...

–Pero ¿si la prefiero a usted?

–Me hace gracia cuando se pone galante –gruñó Marion–, sobre todo conmigo. Es divertido.

—¿Por qué?

—Porque...

Se interpuso un silencio, durante el cual ambas recapitularon, sin duda, todo lo que no se dice, ni siquiera en condiciones de sinceridad.

Laurette fue la primera en hablar. Lo hizo con su aire sonrojado, sus ojos dulces.

—¿Tantos vicios tengo, Marion?

—Algunos, Laurette —respondió Marion volviendo a sentarse—, o quizá solo uno, pero desde luego tiene todos los defectos.

Laurette la miró, sumisa. Nadie nunca la oyó defenderse, ni siquiera acusada injustamente, cosa rara.

De repente, en tono bajo, como si la invadiera un gran pudor:

—Sin embargo —dijo Marion—, usted es, en este mundo, la única persona a la que quiero un poco.

—Querida... —murmuró Laurette.

—Usted es —continuó Marion con un escándalo contenido— perversa, disolvente, egoísta, injusta, terca, a veces avara, a menudo comediente, la mayoría del tiempo irritante... un monstruo. Pero es una verdadera rebelde y siempre dispuesta a animar a rebelarse a los demás. Por dentro, una gran persona. Quizá me equivoque al estar tan segura, por ejemplo, de que, si me pasara algo (a mí o a otro de sus amigos) que acabara en un juicio... digamos por robo, usted estaría allí, sin retirarnos su amistad, porque es capaz (y esa es su única fidelidad) de amar a un ser tal como es... incluso si es un ladrón. Por eso la aprecio.

Laurette la escuchaba atentamente. Concluyó como para sí misma, en un suspiro:

–Usted es, sin duda, la mujer más misteriosa que conozco, Marion...

–Tal vez...

–Es bella y joven, y desprecia el amor. Tiene genio y no quiere que se sepa. En cuanto a su vida, nadie sospecha lo que pueda ser. Hace cuatro años que la conozco y no sé nada de usted, excepto lo esencial –añadió con su sonrisa más bonita.

–¡Lo esencial! –repitió Marion, pensativa.

–Sí... Sé que ama la música, las artes, la belleza, la independencia, que lo ha leído todo, estudiado todo, que lo sabe todo, que es capaz de tantas cosas... Sé que es amarga, triste...

–No. Me inventé una felicidad sin humanos, eso es todo.

–Una felicidad que le ha hecho esa boca desolada...

Marion se puso de pie de un salto.

–Esa es otra historia.

El sombrerito de fieltro se encajó en el cabello brillante, el traje desapareció bajo el abrigo de paño cortado como un gabán de hombre.

–Laurette, le he oído decir hace nada que cenaba fuera y que la esperaban muy temprano. Veo que le intereso mucho, pues no ha mirado ninguna puerta a pesar del deseo que tiene de esfumarse. Porque usted es terriblemente americana, pese a sus aires de no ser de ningún lugar! ¡Veinticinco citas en todos los barrios de París a la misma hora, sin contar cinco minutos en el teatro y un cuarto de hora en el concierto! ¡Una movilidad enfermiza!, eso es, que le viene de los transatlánticos, los trenes y los hoteles en los que se movió demasiado pronto, como todos los yanquis demasiado ricos.

Laurette dejó escapar su risa buena, que parecía devolverla a un estado de inocencia. Cuando se hubo divertido lo suficiente a costa de sí misma, cariñosa, persuasiva:

–¡Marion! Si quiere quedarse conmigo, no iré a esa cena, y ni siquiera sabré que me esperan.

–¡No!

Ante ese «no» tajante, Laurette se incorporó suavemente en las blancuras de su bata de andar por casa. Extendió la mano para el frío apretón de manos típico de su país. Sus ojos miraban ya el timbre que colgaba por encima de la cama. Puesto que Marion no quería quedarse, de pronto sintió que iba muy retrasada; porque, sea como sea, una americana nunca olvida la hora.

La chica de voz ronca, sin volverse, había salido ya a grandes pasos.

III



La muchacha alta y ronca hace señas a un taxi perdido en las soledades del Neuilly que recibe al Sena. El trayecto hasta la dirección que ha dado le permitirá fumarse al menos dos cigarrillos.

Se recuesta en un extremo del asiento, enciende uno y se deja sacudir por los baches del camino, ensimismada en sus pensamientos.

En una pequeña calle de la orilla izquierda, tortuoso dragón medieval, la espera el placer de reencontrarse con su modesto apartamento de soltera. Nadie entra allí jamás, salvo la portera para hacer la limpieza y preparar alguna comida fría que tomará a cualquier hora, en soledad.

«Mi vida...», piensa Marion.

Su risa sarcástica se apaga pronto, incluso cuando no hay nadie para oírla.

Poco antes de llegar, saca de su pequeño bolso el tubo de vaselina que le sirve para quitarse el maquillaje. Termina esta tarea, cierra el bolso y lo esconde en el bolsillo de su abrigo. Frente a su puerta, pagado el taxi, la esperan las escaleras de tres pisos. La casa no tiene más altura. Al pasar, echa un vistazo a la portería, situada en el entresuelo. Por fin, la llave encuentra la cerradura. Ella está en casa.

Él está en casa.

Bastaron unos pocos gestos. La moda femenina actual se presta a este tipo de transformaciones: con solo cambiar su corta falda por un pantalón largo, Marion, mujer de treinta años, vuelve a ser el eterno efebo que era.

Un suspiro de alivio le libera el pecho. Cuando se ha recibido una educación de muchacho, resulta difícil, incluso con varios años de práctica, sentirse cómodo con un aspecto de mujer.

Unas pasadas de peine en el casco que forma su cabello engominado le devuelven los rizos y, de nuevo, al mirarse en el espejo, es el serafín inspirado de antaño.

El pequeño de Valdeclare, como adolescente, es casi igual de peculiar que miss Hervin como señorita.

Ese gemelo de la infancia era, pues, una hermana mayor. Es una verdadera suerte llevar un nombre que puede desdoblarse.

«Tengo tiempo de cenar e incluso de trabajar un poco...», se dice Marion sentándose ante la escasa charcutería preparada.

Mientras come sin apetito, el extraño personaje hojea un viejo libro dorado. Los libros son el único lujo en su humilde vivienda, un gran lujo, en verdad. Un duro sofá cama en un rincón, una gran mesa de trabajo de madera pintada de blanco, en cuyo extremo cena, dos sillas de paja, un sillón de cuero, una cómoda Luis XVI llenan la estrecha habitación. El radiador de gas parece ocupar un espacio enorme. Pero no se sabe de qué papel están cubiertas las paredes porque las bellas encuadernaciones las cubren por todas partes, del suelo al techo, como en ciertas bibliotecas franciscanas. A un lado, un cuarto trastero y una sombra de cocina: eso es todo.

El modesto apartamento de miss Hervin en el distrito XVI es, sin embargo, un poco más elegante que este de Neuilly.

Marion lee y se olvida de la cena. También olvida que hace frío y que el gas no está encendido. Su única bombilla eléctrica apenas ilumina. Los documentos que busca en el libro están casi completos y componen un dossier colocado sobre la mesa junto a muchas otras pilas de papeles. Lápiz en mano, subraya los pasajes que le servirán. Se trata de un libreto en verso cuya acción transcurre bajo el Directorio². El joven Valdeclare forma parte de esos que trabajan en la sombra para nombres conocidos, y que viven amargamente de ese trabajo injusto. Su obra ya es considerable. Ha preparado las conferencias mundanas de un abogado célebre (pues estudió Derecho), colaborado en más de la mitad de algunas obras de teatro exitosas, proporcionado el material para dos volúmenes de historia, redactado las memorias de un rico aristócrata. La pequeña herencia dejada por su padre no bastaba. Primero fue taquígrafo de un director de periódico, luego secretario de un hombre de teatro, escritor de crónicas para diarios, entrevistador. Esta cabeza todoterreno conoce a fondo los entresijos literarios y encuentra trabajo en muchos ámbitos. Marion se consuela de su monstruoso anonimato con la independencia así conseguida, la independencia de su doble vida.

A quienes pudieran haberlo visto en sus dos formas, podría decirles: «Sí, es mi hermana mayor», o bien «Es mi hermano menor. Nos parecemos mucho, pero ya no nos hablamos. Estamos peleados a muerte».

La voz, lamentablemente, no se puede modificar, y esa misma música en ambos seguía siendo desconcertante.

—Las nueve... —susurra Marion cerrando su libro.

Se levanta, se envuelve en su bufanda, se pone el abrigo, se encasqueta el sombrero de fieltro y sale.

El taller de Julien Midalge se abrió, como una campana de tibieza, para el delgado visitante nocturno. Después de correr bajo la lluvia invernal, le ofrecía luz, flores, murmullo de voces, una encantadora fiesta. Ir a pie, incluso para un trayecto tan corto, afectaba a su delicadeza enfermiza.

–¡Ha llegado Mario! –exclamó Julien Midalge.

Hizo las presentaciones. Se intercambiaron las primeras palabras. Los cuatro invitados hablaban todos del mismo modo, con reticencia, con aire extenuado. Dos de ellos tenían los ojos demasiado brillantes para no estar ligeramente maquillados, y las mejillas de los cuatro estaban visiblemente empolvadas. Solo Julien, un hombre de cuarenta y cinco años, mostraba con valentía su tono natural de piel, amarillo por el opio. Una gran nariz brillante, pequeños ojos negros, párpados hinchados, un cráneo calvo no impedían su amaneramiento imitando a los demás, o tal vez eran los otros quienes lo imitaban a él. Llevaba un pijama verde, adornado con arabescos violetas, y una pulsera de oro en la muñeca. El conjunto parecía el de un perfecto payaso. Sin embargo, enseguida los jóvenes empezaron a elogiarlo.

–¡Querido, qué maravilla! –dijo uno tocando la tela.

–¡Solo él puede hacerlo! –dijo el segundo.

El tercero:

–¿Quién le hace los pijamas?

El cuarto:

–¡Ya saben que nunca da direcciones!

Solo Marion guardaba silencio, furtivamente observado. Sus pupilas, rosas azules en la sombra, su palidez exquisita, su boca desesperada habían causado efecto de inmediato. Ahora, dispersos por los divanes y sillones, sentados o recostados bajo la luz difusa, entre ramos de flores exquisitamente compuestos y una mesita en el centro con galletas y oporto, la conversación se animaba. Surgieron nombres de camiseros, luego de zapateros y sombrereros. Las exclamaciones se entremezclaban. Todos querían parlotear a la vez, como mujeres hablando de trapos. Solo había dos extranjeros, pero los tres franceses hablaban con un leve acento, ese que los esnobs parisinos han inventado para parecer cosmopolitas.

Perdido en su humo, no se sabía si Marion escuchaba aquella verborrea. Sin embargo, era su atención lo que todos reclamaban. Cuando estallaba alguna malicia, todas las miradas se volvían hacia él, que ni siquiera sonreía.

—El señor de Valdeclare está triste... —observó el que se hacía llamar Totote.

—¡No!... —replicó Midalge—. Está pensativo. Es otra cosa.

—La verdad —dijo Emilio, el argentino, arrellanándose en su sillón—, no podría imaginar de otra forma a un poeta romántico.

—¡Cierto! —ratificó el que, tan rubio, tan rosado, tan transparente, era la imagen misma de Escandinavia—. Yo pensaba exactamente lo mismo.

—Sin embargo, no soy poeta —rió Marion—, ¡y romántico, aún menos!

Y su voz y su risa causaron la sorpresa habitual.

—Él dice eso, pero le he oído recitar versos admirables, sin autor, que sin duda eran suyos —reveló Midalge—. Si quisiera, esta noche...

–¡Sería muy bonito! –ironizó fríamente Marion—. Con esta bella voz que Dios me ha dado...

–Nada más patético –murmuró el morenito, que lo devoraba con la mirada sin decir palabra—. Debe ser sublime escucharlo... ¡Ah! Ese sollozo roto que tiene en la garganta...

Marion dejó oír un no categórico.

–Un alma salvaje... –dijo Totote con admiración.

–¡Y tan misteriosa! –añadió Midalge entre serio y burlón—. ¡Reconozcan que se lo había dicho!

–¡Otra vez! –exclamó Marion.

–¿Cómo, otra vez?

–Perdón. Ya me han dicho eso esta tarde.

–¿Dónde? –preguntaron dos voces.

–Si creen –los previno Midalge– que alguna vez les contará su vida...

Intrigados, los cinco lo miraban. Él se dejó observar, enigmático y glacial, fumando su cigarrillo como si estuviera solo en el delicioso decorado del estudio.

Midalge, a veces muy alegre, preguntó con aire divertido:

–¿Por qué viene a verme de vez en cuando? ¡Me lo pregunto!

Totote se atrevió:

–La bella esfinge solo nos visita para hacerse admirar...

Y, como Marion encogía los hombros:

–Me gusta su silencio... –dijo apasionadamente el morenito.

Poco a poco empezaban a hablar delante de él como si no entendiera el francés. Entonces, de repente, Marion explotó:

–Vengo a verlos porque... ¡Ustedes creen que soy un bicho raro! ¡Pues es justamente al revés!

Un «oh» de protesta apagada resonó entre risas.

–¡Encantadora criatura! –dijo Emilio entre dientes.

Pero el morenito se animó, las ventanas de la nariz abiertas.

–¡Déjenlo ser lo que es! ¡Que lo diga! ¡Que hable!

–¿Quieren que les diga? –continuó Marion, poseído de una rabia que se esforzaba en no mostrar–. Ese discurso ya lo he hecho hoy en otra parte... ¡Ah, ya sé! ¡Eso es! Me interesan porque son huevos claros, ¿saben?, ¡huevos estériles! Me gusta eso, nada más. Me divierte ver en París a mujeres que hacen de hombres y a hombres que hacen de mujeres, porque para mí ¡no hay nada más gracioso en el mundo que los falsos hermafroditas!

Desconcertados, quedaron en suspenso, la boca abierta. Marion ya conocía ese fruncir de cejas atento que significa: «¿Qué es esto?». Lo había visto en muchos rostros, cada vez que se sentía con ganas de sembrar inquietud.

–Vaya... –gruñó Midalge, algo incómodo con la ambigua actitud que de pronto adoptaba ese Mario de Valdeclare en cuyo honor daba su pequeña velada.

Para intentar arreglarlo:

–¡Es tan misterioso! –repitió entre una risita breve.

–¿Qué edad tiene usted? –preguntó el argentino, bastante insolente.

–La edad de la muda de voz. Se nota, ¿no? –respondió Marion mirándolo fijamente–. ¡Diecisiete años si quieren!

Midalge, para cortar de raíz, se puso a llenar los vasos, a ofrecer galletas. Siguió un alboroto durante el que el morenito se acercó a Marion.

–Siento que volver a verlo será mi obsesión a partir de esta noche –le susurró–. ¡Usted es un ser prodigioso, Mario de Valdeclare!

–¿Ah sí? ¿Recuerda mi nombre? Yo ni siquiera sé el suyo.

Midalge se inclinó, secreteando, hablando en voz baja.

–Mario, ya está loco por usted. No sea tan cruel.

–Y ¿yo estoy loco por él?

–¿Por quién está usted loco, querido?

Los demás lo oyeron.

–¡Por nadie! –dijo Marion muy alto.

–¡Todavía está a tiempo! ... –dijo Emilio.

–Me toma por un mocoso, señor. Está muy equivocado. En todo caso, hay una fórmula que me define y que ya me ha servido: no quiero nada ni a nadie.

–¡En ese caso –exclamó Totote– es una maldad monstruosa dejarse ver!

–¡Qué éxito!... –dijo Midalge haciendo muecas que pretendían ser seductoras.

Pero Emilio, celoso del morenito y tal vez también de Totote, afirmó con perfidia:

–A los diecisiete, siempre se quiere aparentar. ¿No será simplemente que el señor de Valdeclare todavía está en el liceo?

–¿Él? –gritó Midalge–. ¡Pero si lo sabe todo, querido! Es el mismísimo Pico della Mirandola³. Un amigo mío dijo de él...

Mario se impacientó.

–¡Hablemos de otra cosa! Vamos, Midalge, cuéntenos sus conquistas.

Julien Midalge hizo una mueca cómica.

–¡Quiere aumentar su nidada de huevos claros!

–¡Exactamente!

Una risa corrió por el grupo. Para señalar el fin de esa conversación irritante:

–¿Estuvo usted en el Conservatorio el domingo? –preguntó el argentino.

–¡Naturalmente! –se entusiasmó Midalge–. Gaubert⁴ estuvo sublime.

–Yo cambiaría todos los conciertos por la misa en Santa Clotilde... –dijo Totote–. ¡Tournemire⁵ es formidable!

Exaltados y pedantes, discutieron sobre música, con muchos «¡Es monstruoso!», «¡Es formidable!», «Tiene un lado insulso», y numerosos términos técnicos.

Marion respiró aliviado. Seguiría la pintura, luego la literatura y después los chismes. De vez en cuando diría una palabra por cortesía, pero sobre todo escucharía, ebrio de ironía y tristeza. Medio recostado en el diván entre cojines dorados, estaba a gusto. Su bolsillo estaba lleno de cigarrillos; tenía calor. Esa impresión de volverse invisible que a veces tenía empezaba a invadirlo. El parloteo ajeno le impedía pensar. Era casi tan dulce como la nada, una especie de sueño ilustrado por voces y gestos humanos: un momento de olvido.

Sin embargo, el morenito, silencioso, no dejaba de mirarlo, bastante conmovedor en su fervor mudo, en su curiosidad hipnotizada, adolescente iluminado por el inicio de una novela cuya historia solo su imaginación construiría: ilusión, juventud, trágica juventud!

«¡Pobre chico!», pensó Marion.

Pero jamás dirigió a su víctima su mirada asexuada de arcángel.

Medianoche. Los cigarrillos hacen flotar fantasmas sobre las cabezas, los vasos brillan en las manos, las flores perfuman suavemente. Con entonaciones rebuscadas en las que a veces se cuela una emoción verdadera, con mentiras y burlas, esos señores, reunidos en círculo, empiezan por fin a hablar de amor.

IV



El horror sin nombre de mi infancia era, pues, una historia aún más negra que su recuerdo en mi alma, veneno eterno.

Pero ¿podían mis padres haber obrado de modo distinto del que lo hicieron?

El martirio que sufrí no fue más que la consecuencia lógica de su martirio.

He frecuentado bastante, ¡ay!, la atroz clase a la que llaman burguesía, para darme cuenta de lo que sufrieron, ellos que se creían más que burgueses: nobles, y nobles de provincia, es decir, feudalismo.

Un hijo único para enorgullecer y encantar sus vidas, para perpetuar su apellido (hermoso, por cierto), y ¡que ese hijo haya sido yo!

Mi nacimiento, que, naturalmente, nunca me han contado, debió ser una especie de drama como no se ha visto jamás; mi inscripción en el Registro Civil, una obra maestra del engaño; mi bautismo, un lago de lágrimas contenidas.

Reconocí el genio de mi madre demasiado tarde. Distingo, cuando ya no sirve de nada, el amor, o al menos la compasión, que tuvo por mí. Fue ella quien encontró mi nombre ambivalente, como también halló el modo de hacerme atravesar las regiones temibles de la

infancia sin que nada fuese revelado –ni a los demás ni a mí– de aquello que le hacía bajar los ojos, de lo que me colocaba al margen de la humanidad normal y me condenaba, implacable y legítimamente, a la infamia.

Si mi padre no hubiera sido el feroz hidalgo de pueblo al que todos a su alrededor temían, tal vez la estrecha prisión de mi educación habría conocido ciertos alivios. Pero este hombre categórico, arrogante, tenía sobradas razones para odiarme, y lo único que podía hacer para mantener la compostura de su casta era refrenar su eterno deseo de estrangular al monstruo de cuento de hadas que su desdichada esposa había traído al mundo. Aún me estremezco al recordar cómo venía a mirarme en mi camita cuando estaba enfermo.

Los primeros años, la esperanza de tener otro hijo –un hijo de verdad– debió ayudarle a soportar su indignidad. Pero cuando comprendió que jamás tendría otro heredero, debe entenderse que cualquier mimo, incluso el más simple gesto de ternura con su hijo, se volvía, a sus ojos, una ofensa. Que jamás me haya golpeado o hecho golpear me obliga a sentir gratitud por él. Viví, de niño, al alcance de las manos de mi asesino reprimido. En resumen, debo admitir que me trató caballerosamente. Mi educación, mi instrucción fueron perfectas. Ya que no tenía, que no fuese contra natura, más que el cerebro, al menos se hizo todo lo posible por cultivar en mí esa riqueza, aunque solo fuera rentable para mí mismo, un ser marcado por la esterilidad.

Creo reconstruir bastante bien la tragedia de mis infortunados padres. A fuerza de pensar en ello, he descubierto todos los secretos que no me revelaron.

Mi padre era fascinante, autoritario y apuesto cuando conoció a mi madre. Su hermano y él, militares hasta la médula, arrasaban los corazones jóvenes en todas sus guarniciones. Estaban endeudados sin remedio hasta las cejas y solo contaban con un buen matrimonio para restaurar su prestigio en decadencia.

Supe con detalle, por las matracas de mi tía de Valdeclare, que ambos la deseaban a ella por esposa, a ella y a los millones de las fundiciones de su familia. Cuando mi tío fue el elegido, tuvo lugar la ruptura irrevocable. Los dos hermanos no volverían a verse jamás.

La situación de mi padre se volvía amenazante. Quizá, acosado de forma cada vez más ostensible por los acreedores, se vería expulsado del ejército.

Fue entonces cuando apareció en el horizonte la frágil inglesita, hija de uno de los más ricos comerciantes de carbón de Newcastle, quien, al verlo, sintió un flechazo y renunció incluso a su religión para casarse con él.

Mis abuelos, muertos antes de mi nacimiento, aún vivían, y precisamente en el abominable castillo (¡ahora bombardeado, gracias a Dios!) que hoy me pertenece. (¡Qué bien me viene ser el heredero –o heredera– de un castillo en ruinas!)

Los dos pobres viejos, hipotecados todos sus bienes por sus hijos, también debieron derramar muchas lágrimas entre esos muros que ya no existen, entre esos muros donde yo, su ridículo descendiente, soporté mi larga y oprimida infancia.

Nunca sabré con qué admirables mentiras logró mi madre abjurar del protestantismo y casarse por el rito católico sin que los suyos pudieran decir que era una renegada. La boda debió celebrarse sin ningún brillo, en algún rincón de provincias o de París. Solo sé que

mis abuelos paternos hicieron todo lo posible por impedirla, indignados de ver a su hijo mayor aliarse con una extranjera, hereje empedernida cuya apostasía no era más que una vergonzosa comedia. Porque la religión, en mi familia, pesaba incluso más que el apellido, más incluso que el dinero, lo que no deja de tener grandeza, después de todo.

Sin embargo, mis abuelos estaban locos por sus dos hijos, y nada les hizo desheredar a mi padre.

Y ahora se aclara otro aspecto del drama. Hace un tiempo que estoy seguro de que, en el momento de mi turbadora venida al mundo, mi padre y mi madre, cada uno por su lado, vieron en mí el justo castigo de su respectivo Dios. Sus fanatismos debieron exacerbarse, uno al otro, con sus remordimientos y sus pesares. Además de mi inoportuna deformidad, yo era para ellos la forma misma de la maldición del cielo. Mi padre jamás amó verdaderamente a mi madre. Debió comenzar a odiarla a partir de mi venida al mundo. ¿Continuó ella adorándolo? Me parece que sí, a juzgar por su incómodo rubor ante él.

Mi pobre madrecita... ¡Cuánto lamento no haberla amado! Su hermosa lealtad le impidió siempre darme a conocer la existencia de esa Biblia que heredé después, y que evidentemente leía cada día a escondidas. Aunque no llegó a confesarse antes de morir, soportó toda su vida la presencia del sacerdote que me estaba asignado y llegó incluso a aconsejarme ardientemente el seminario. Su amor por mi padre la impidió divorciarse, a pesar de su humor sombrío y sus frecuentes viajes a París, que se debían, ella lo sabía, no a notarios, como decía, sino al juego y a las mujeres, cosas a las que no se renuncia cuando se tiene cierto temperamento, y más aún

cuando el hogar no es más que una pesadilla perpetua. Él la arruinaba lentamente, y ella jamás dio muestras de saberlo. Que su marido hubiera renunciado a su carrera militar para enterrarse entre remolachas del norte, de ese norte desolado donde se encontraba el castillo, era, a sus ojos, un sacrificio más que suficiente.

A mi padre le excusó sus desmanes. Estaba desesperado. ¿Qué razón habría tenido para enterrar por completo lo que le quedaba de juventud en nuestro espantoso castillo? Que viviera allí parte de su vida por mí ya era algo bastante meritorio.

Su única verdadera venganza contra mí fue enviarme con los jesuitas sin decirme nada sobre mi particularidad física. No atreviéndose a lanzarme a la muerte, me lanzó a la vida en cuanto se vio libre de la presencia protectora de mi madre. Viva, ella no me habría dejado partir, de eso estoy absolutamente seguro.

Murió justo cuando iba a reincorporarse a los ejércitos del frente con su rango. Durante su enfermedad no sintió la necesidad de llamarme una última vez junto a él. Así que su odio seguía ahí.

Pienso en la satisfacción irónica que debió alimentar en su corazón, como una magnífica revancha, todo el tiempo que supo que yo estaba en ese colegio, donde sospechaba, con fundamento, de qué manera mis jóvenes compañeros se encargarían de revelarme el fenómeno que yo era.

*¡Días de trabajo, únicos días en que he vivido!*⁶

Yo podría decir: «Días de trabajo, únicos días en que no he sufrido algo peor que la muerte».

Este cerebro, mi única verdadera masculinidad, me protegía sin cesar de los abusos o malos tratos de mis compañeros. Siempre el primero en todas las materias, tenía el derecho de responder a sus

torturas con esa superioridad aplastante que al menos no podían disputarme.

¡Ah! Ciertamente, prefería la peor de sus maldades a la más dulce de sus carantoñas. De los problemas que causaba en ese colegio, solo Dios y el director conocerán las complicadas soluciones. Iban desde las bromas más groseras hasta las rivalidades más apasionadas, y no sé si las humillaciones de aquella época fueron mayores cuando me insultaban de día con las risas de la clase, o cuando dos energúmenos se partían la cara por mí durante la noche.

Ciertamente, el horror del apareamiento nació en mí en los dormitorios del colegio, y sin duda debo agradecer al destino por haberme, en mi temprana edad, asqueado para siempre de esa sexualidad que, sea gozo o dolor, es la principal ocupación de hombres y mujeres. Porque si todas las Laurette Wells y todos los Julien Midalge que conozco ahora supieran lo que realmente soy, no me alcanzaría la vida para cultivar mis perversidades.

¿Quién sabe? ¿Sería tal vez menos desgraciado? Después de todo, ¿debo estar agradecido al destino? Cuando veo el apasionado interés que todos ponen en ello, a veces lamento no ser más que una cabeza y que las posibilidades que me dio la naturaleza no me sirvan para vivir doblemente lo que para ellos parece ser la única razón de respirar.

Pero ¡cuánto te odio, amor, instinto normal de todos, yo que soy anormal! *¡Ecce Homo! ¡Ecce Mulier!* No tengo derecho, cualquiera que sea el lado desde el que ame, a no ser una criatura invertida. He envidiado a menudo a la gorda nodriza que coquetea en un jardín público con su soldado. Envidiaba tanto al soldado como a ella. Nadie me amará ni aceptará mi amor como se aman y se

aceptan esos dos. Cada vez que pensara *Amor*, me responderían: *Vicio*. Y, como a los quince años tuve, a mi pesar, todas las experiencias que implicaba la espantosa doblez de mi cuerpo, se me quitó la ilusión antes de tiempo, y jamás *vicio* querrá decir para mí *amor*.

Entonces, ¿por qué, sin sexo definido, he nacido con un corazón tan claro?

Realmente, mi estancia con mi tío y mi tía Valdeclare pareció al principio ser el oasis que por fin aparecía en el inmenso desierto de mi joven vida. No sabía que allí me esperaba la ofensa suprema.

De luto por mi padre, provisto de todos mis grados, como decimos en inglés, ¿era necesario que no fuera más que un menor desdichado, y que la ley me confiara a manos del hermano de mi padre, ese enemigo, único miembro de la familia responsable de mí?

Él y su rica esposa, como no tenían hijos, fingieron acogermelo como una bendición. Pero el director de mi colegio los había advertido, y, además, mi perpetua pubertad empezaba, a los diecinueve años, a revelar lo que yo era.

Mi rostro liso de señorita, mi fragilidad, esa voz que no lograba volverse masculina y que no era ya femenina; tenían todas las pruebas. Sin embargo, sintieron la necesidad, a la salida del colegio, de hacerme examinar por un médico.

Este declaró, a pesar de mi inscripción en el Registro Civil, que en todo caso era preferible catalogarme en el sexo femenino. Nunca olvidaré las palabras de ese médico, pronunciadas con un tono científico peor que todas las burlas de mi clase.

—Comprenda, los pobres sujetos como usted a veces tienen la suerte de que les crezca barba. Pero a usted nunca le crecerá, y eso

acabará por delatarle. Entonces es mejor que lo decida ahora que todavía hay tiempo. Tiene solo diecinueve años, aún nadie lo conoce en el mundo. Desde el punto de vista legal, ya se han presentado casos como el suyo. Será fácil corregirlo en el momento del Consejo de Revisión.

Mi tío se frotaba las manos. Su rencor contra mi padre sobrevivía a este. ¡Qué buena jugada iba a hacerle a su memoria! Ese famoso hijo que le había envidiado tanto sin saber por qué se iba a convertir en hija... y en solterona, puesto que yo no era casadera.

Todas mis protestas fueron en vano. Mi tía Valdeclare se encargó de mi ajuar. Era una mujer gruesa, a la vez terca y blanda, inflada, hasta reventar, de todas las convenciones, de todos los prejuicios de su clase. No pudiendo hacer otra cosa que tenerme en su casa hasta mi mayoría de edad, aceptó acogerme, pero no sin repugnancia. Además, su marido lo deseaba con furia y, como mi madre, ella lo temía. A mi tío, ver cómo me debatía con mis atuendos femeninos le divertía más que nada en el mundo. Exageró hasta el punto de que al principio me acompañaban cuando salía, rechazó todo atuendo que no fuera exclusivamente femenino, se empeñó en vestirme con vestidos pretenciosos, sombreros de estilo, ordenó que me dejara crecer el cabello y se dedicó a presentarme en sociedad, quejándose constantemente de mi laringitis incurable. Yo era el guiñol de este hombre ocioso, militar retirado que encontraba su diversión diaria en aquella enorme broma. Nunca vi una alegría más feroz que la suya el día en que fui pedida en matrimonio por un joven maestro de forjas conocido de la familia. Creían que era rica, sabían que era bachiller y, aunque mi tipo era demasiado extraño para agradar en ese mundo en el que me introducía, podía pasar por bella.

La vanidad del lujo y las alegrías de la avaricia compartían el corazón de mi tía. Lo que vi en esa casa, creo, me orientó imperiosamente hacia la vida que llevo hoy. Podría quizá haber aceptado como algo satisfactorio alinear mi vida con la regularidad burguesa, a falta de algo mejor. Pero fueron los horrores estudiados de cerca durante dos años con mi tío y mi tía lo que me dio el gusto por los fuera de la ley, a mí, que, siendo fuera de la ley, no debía sino intentar evitarlos.

Mis primeras rebeliones se calmaban en el monótono horror de una desmoralización definitiva. Aún no sabía que, gracias a ese desdoblamiento, me convertiría en esa especie de Asmodeo⁷ para quien la vida tiene al menos el interés de un espectáculo completo en todos sus detalles, tan bien escondidos para aquellos que no pueden, como yo, penetrarlos como espía insospechado.

Aprender a ser una chica fue para mí, desde entonces, tan importante como prepararme para el bachillerato.

Mientras tanto, estudiaba Derecho. Tuve la suerte, dentro de mi desgracia, de nacer en la época de la confusión de los sexos. ¿Qué haría ahora si las costumbres y la moda no me ayudaran constantemente a pasar de una personalidad a otra sin que nadie lo note, ni siquiera los porteros de mis dos viviendas?

A los veintiún años, pude dejar a mi tutor y a su esposa de un día para otro y vivir casi en la miseria (¡ah, cuánto he amado esa miseria!) hasta el día en que descubrí a los bandidos que ahora me hacen trabajar. No me atreví a retomar mi ropa masculina sino mucho más tarde.

Haber conservado mi nombre es la mejor jugada que pude hacerle a esa horrible pareja que se divirtió tan cruelmente a mis expensas durante dos años, añadiendo un sufrimiento inédito a los muchos que me agobiaban ya desde mi nacimiento. Nunca se atreverán a venderme. Tendrían que confesar el trueque perpetrado por mi tío, y Dios sabe adónde los llevaría esa historia. Además, me muevo en mundos que los ignoran.

Les he jugado otras pasadas que quizá un día conocerán si decido confesarlo. Las ricas relaciones de mi tía, con todos sus detectives, nunca pudieron echar mano al misterioso ladrón de pieles de quien hablaron tanto los periódicos en su momento.

Los placeres no son para mí. He conocido, sin embargo, el de despojar a las ricachonas a las que me arrastraban o enviaban por la fuerza, como una joven huraña y casadera. Sus magníficas estolas, cuellos de piel, bufandas de marta desaparecían como por ensalmo, y sentía al día siguiente el placer peligroso de oír sus gritos de despellejadas y leer, junto al respetable radiador familiar, los desvaríos de los escandalizados diarios.

¿Quién habría pensado en revisar mi cartera de estudiante llena de papeles en las antesalas donde la dejaba y recogía? ¿Quién habría tenido el olfato de seguirme para ver en qué ribera nocturna me paseaba sola, y qué tipo de paquetes atados y lastrados con una gran piedra arrojaba al negro Sena en los atardeceres de invierno? Mi único pesar es no haber logrado nunca robarles sus perlas. Pero muchas tabaqueras de oro, miniaturas y otras chucherías de mucho valor sufrieron de mi cleptomanía ocasional y se unieron en el Sena a todo lo que de transportable pude arrojar a él.

Cuando les digo ciertas cosas, o los miro de cierta manera, todos y todas no dejan de mirarme con la misma expresión, en la que no sé qué miedo asoma. Tienen razón. Les daría aún más miedo si supieran las cosas en las que a veces pienso. A menudo, incluso, corro el riesgo, y eso me gusta, el riesgo de hacerles adivinar lo que soy.

Sin embargo, si llegaran a saberlo, estaría otra vez perdido, yo que más o menos me he reencontrado, que me he construido un equilibrio inestable, pero bastante logrado, equilibrio de mi vida paradójica en este París donde tanta gente me conoce, este París apresurado, superficial, donde nadie tiene tiempo para profundizar en nada, afortunadamente para mí.

Pero, aun así, ¡ah!, cuánto desearía el «pobre sujeto» que nunca tendrá barba, cuánto desearía poder acostarse algunas noches sin suspirar aquella palabrita de su primera infancia...

Es todo tan triste: «¡Pupa!, ¡la historia de todo!»...

V



Colocar un manuscrito es algo espantoso para cualquiera. Pasa como con esa marabunta bajo la lluvia, detrás del autobús detenido. Los que tienen los primeros números⁸ quieren pasar delante, rostros implacables en los que se lee: «Tengo derecho». Los otros se cuelan con la espuria esperanza de subir sin pagar: codazos.

«A mí –pensaba Marion–, me da igual. Yo nunca cojo número. Al margen de la pelea, trabajar para que firmen otros es estupendo. Tampoco hace falta número. Así, impreso, representado en los teatros, cobro mi pobre dinerillo y nadie me fastidia.»

En la plataforma donde había subido tranquilamente al arrancar el autobús, era el frágil pasajero, uno más, de esa pequeña multitud de pie, apretujada como esos personajes que se ven en ciertos vitrales de la Edad Media. Y pronto los ritmos del pesado vehículo pusieron armonías en las variaciones de su tema.

«Mi renuncia sería ascética si no estuviera solo en el mundo. Pero no tengo a nadie a quien deslumbrar; y deslumbrar es eso, la gloria. Y es cómico, al fin y al cabo, porque nunca nadie impresiona realmente a nadie; al final, cada cual solo se interesa por sí mismo. ¡Si al menos el público estuviera formado por habitantes de Marte! Pero entre humanos...»

El cigarrillo encendido, continuaba sus meditaciones. Es bueno, cuando uno va a casa de cierta gente de teatro, tener presentes algunas cosas.

¿No había visto hace unos años en un ensayo, solo en la sombra de la sala vacía, al gran autor y al gran actor llegar casi a las manos?

—Perdón, querido, pero usted no interpreta eso con el sentido con que yo lo escribí. Después de todo, ¡soy yo quien firma!

El actor cruza los brazos y toma como testigos a sus compañeros de escena:

—¡Este hombre dice palabras desafortunadas!

Otra vez es un actor secundario, casi un figurante, cuyo único papel es decir: «La señora está servida», el que no logra dar con la entonación precisa.

—¡Lo dices como un autómatas! —le sueltan los demás.

—Tranquilo —responde—, yo solo me entrego en el ensayo general.

Y todo el mundo conoce la frase de Constant Coquelin⁹ cuando tuvo que interpretar a Napoleón con una nariz postiza: «Se hará lo que se pueda».

Sabiendo perfectamente con qué actitud debía enfrentarse a la vida en cuanto pusiera un pie en casa de Ginette Lobre, Marion tiró del cordón del timbre con la idea de seguir las convenciones. No se trataba ya de realidades. Los actores en general, como si sus papeles se convirtieran a la larga en siete demonios poseedores¹⁰, han dejado de ser verdaderos humanos, y se entiende muy bien que sean considerados aquí como una especie de semidioses, allá como *cabots*¹¹ vilipendiados antaño. Para entenderlos, sin exagerar ni en un sentido ni en otro, habría que etiquetarlos de ingenuos; así se explicaría lo que tienen de mejor y redimiría lo que tienen de peor.

Evidentemente, es difícil vivir lo más intenso de la vida en el extremo de unos binoculares sin formar parte, ni siquiera en privado, de la «óptica teatral», que no es, a fin de cuentas, otra cosa que un cristal de aumento. La importancia que se dan los actores no es mucho mayor que la que realmente tienen, ya que son la carne y los huesos de múltiples abstracciones de las que, aunque no hayan salido de sus cerebros, deben sin embargo tomar prestados sus gestos y sus voces antes de llegar al público. Son, literalmente, el médium entre el creador y el espectador. Corren, pues, más riesgos que el creador, que solo compromete su espíritu, mientras que ellos comprometen toda su persona.

Por otra parte, pasar constantemente del escenario a los bastidores es ir alternativamente del más puro ideal a la cruda realidad, y ese vaivén continuo se reproduce casi siempre cuando la marioneta viviente vuelve a su camerino, una vez terminada la función.

Antes de cruzar el vestíbulo, Marion oyó las exclamaciones demasiado bien articuladas de los hombres y mujeres que iba a ver.

El hotelito de Ginette Lobre, gran estrella de los escenarios modernos, empieza con una estrecha escalera que desciende a la fosa de los osos, de la que ella está tan orgullosa y que constituye su salón principal.

Desde abajo se ve llegar a los visitantes, que, peldaño a peldaño, pueden causar el efecto que deseen. Alrededor del inmenso vestíbulo, se descubre un despliegue de habitaciones pequeñas y curiosas, cuyos techos bajos contrastan con la cúpula central. Todo el mobiliario es una mezcla de antiguo, exótico y moderno, estilos Luis XVI y Directorio matizados con lacas chinas y creaciones

concebidas por los decoradores más audaces de hoy para evitar el estilo «lineal de antigüedades» de los grandes almacenes actuales.

Nuestras estrellas tienen hoy en día muy buen gusto. En el salón de Ginette Lobre, podría uno creerse en la casa de una duquesa, entre retratos de sus ancestros, muebles de familia, recuerdos de viajes y sus últimas extravagancias, pero, de hecho, nadie se lo cree por la profusión de canastas de flores, el aroma de Chipre que flota en el aire, el perrito de moda que ladra, el tuteo dominante, el diván bajo luces rosadas y, sobre todo, por las damas, cinco o seis, que hacen de harén entre los cojines de ese diván, recostadas contra la pared, hombro con hombro, con una colcha de chales españoles sobre las piernas.

Los hombres están dispersos enfrente de ese centro, al azar de los sillones, sillas o taburetes que se les ha dejado.

«Querida amiga», «¡Oye, tío!», «Mi amor», son las comas de la conversación, y el estilo general es de una bonachonería bobalicona, lo que no impide que los chismes retumben como en todas partes, incluso un poco más.

Marion creía haber ido simplemente a hablar con el firmante de la obra que él había escrito, casi por completo, sobre varios cambios solicitados por Ginette. Bajó de mal humor al foso de los osos. Esta noche, como siempre, solo representaba a una especie de secretario, necesario, pero nada más que un secretario. Le desagradaba participar en aquella pequeña reunión. Sin embargo, el tono del grupo exigía recibirlo con entusiasmo.

–Pero ¡si es Mario! ¡Hola, Mario!

Ginette corrió a besarlo. Manos de hombres se extendieron hacia él.

–¡Mi querido Mario! ¿Cómo estás?... ¡Creo que conoces a todos! ¡Y si no, qué más da! ¡Harás nuevas amistades! ¡Es Mario, con eso está dicho todo!

Los que lo veían por primera vez estaban asombrados y estiraban el cuello. «¡Ah, bueno!...», se decían, creyendo haber comprendido. Las mujeres, indiferentes y amables, se acurrucaban unas contra otras con gestos de niña, maquillaje excesivo, edades indefinibles por falta de un auténtico rostro de treinta años que sirviera de referencia. Llevaban el cabello corto, rizado o liso, pero todas teñido o tratado con gena, cuellos descubiertos, vestidos de diseño, joyas valiosas. Armaban mucho alboroto en su diván.

–¡Ocupas todo el sitio, Ninon!

–¡Oh, bruta! ¡Me estás empujando!

–¡Oye, tía! Me has hecho daño, ¿sabes?

Un periodista aprovechaba la disputa infantil para palpar brazos y piernas.

–¡Las voy a acomodar! ¡Así todo el mundo estará a gusto!

–¡Ahora Ginette va a recitarnos unos versos!

–¡Vamos, Ginette!... –gritó el gran actor Fabrice Maugier.

Ginette no quiere.

–¡Hazlo tú, querido amigo!

–¡Oh!, yo, querida, ya sabes que solo recito en escena.

Todos a coro:

–¡Sí, sí!... ¡Que recite!

–¡Verlaine!

–¡No! ¡Baudelaire!

–¡No! ¡La condesa de Noailles!

–Oye, tío, ¿te vas a hacer de rogar?

Él sacude la cabeza. Ginette se sienta casi en sus rodillas.

–¡Recita!

–Ginette, querida, inunca has estado más bella! ¡Qué ojos! ¿Han visto sus ojos?

–¡Es Semíramis!... –declara sin dudar una pelirroja deslumbrante que no tiene ni idea de quién fue aquella reina.

–Oye, tío, más te vale hablar de mí, ¿eh? ¡Estás espléndido! ¿No es cierto que ella también está espléndida?

–¡Espléndida!... –repite todo el diván.

El periodista anuncia:

–¡Es ella quien nos va a recitar versos!

–¡Sí! ¡Sí! ¡Eso es!...

Pero dos doncellas traen el té en unas bandejas.

–¿Qué está haciendo esa jovencita?... –pregunta Ginette entre el alboroto.

Nadie responde.

Marion se acerca mientras ella sirve el té.

–¿Y bien?... ¿Y la obra? ¿No está aquí el autor? ¡En vez de él solo encuentro una taza de té!

–¡Ah, es cierto, querido amigo! Se nos olvidó avisarte. No viene hoy porque...

–¡Yo quiero de esos pastelitos!

–¡Ginette, el azúcar!

–¡Mario!... ¡Dame uno de tus cigarrillos!

–Entonces, ¿quién recita?

–¿No saben la última de Tholomas?

–¡No! ¡Cuenta, cuenta!

Mientras, en el humo tenue de los cigarrillos la malicia se expande. Marion, que ha quedado al margen, ve acercarse tímidamente a un joven torpe y sin estilo, que no ha dicho una sola palabra y al que su taza de té tiene completamente cohibido.

—Señor —dice en voz baja—, creo entender, por lo que dijo usted hace un momento a la señora Lobre, que es el colaborador de una obra que ella prepara... Entonces... Yo no estoy al tanto. Soy de provincias... Todos me dicen que tengo talento... He escrito tres actos... Siempre me devuelven el manuscrito, icuando me lo devuelven! Quiero decir, isiempre lo rechazan! A veces me invitan, como hoy, y no sé por qué... En fin... Le aseguro que tengo talento...

—¿Talento? —Marion, de pie en el hueco de la puerta abierta de una de las pequeñas habitaciones, bebe su té pensando que se irá enseguida—. ¿Cree usted que para que a uno lo representen sirve de algo tener talento?

—¿Cómo dice? —responde el otro, soltando la cucharilla.

—Para que le representen a uno su obra en París, al menos en los escenarios modernos, hacen falta dos cosas cuando no se tiene un nombre. ¿Las tiene?

—¿Qué cosas?

Marion deja su taza vacía y enciende un cigarrillo.

—Dinero y una puta.

Las risas provocadas por la historia de Tholomas lo cubren todo. Marion se da la vuelta.

—¿A dónde vas, Mario?

Ginette lo alcanza en el primer peldaño de la escalera.

–Escucha, tío, no te irás sin que te diga dos palabras. Un lío asombroso con...

–¡Ginette, recítanos unos versos!

–¡Eh! ¡Es Mario quien va a recitarlos!

En medio del alegre griterío que causan estas palabras, Fabrice Maugier se lanza sobre Ginette para llevarla a la fuerza ante los oyentes.

Ella responde con manotazos. Luchan mientras se besan en la boca. Marion, empujado en el alboroto, se encontró de nuevo junto al joven tímido.

–A ver, señor, ¿sabe usted lo que es un apaño?

–No... –dice el otro con la boca abierta.

–Pues bien, ¡hay que saberlo antes de dedicarse a escribir teatro! En eso consiste el arte teatral hoy en día. De lo contrario, usted no es más que el mierda del autor, es decir, nada.

En el otro extremo del vestíbulo, una voz de conservatorio se abre paso en el bullicio de la pajarera:

–¡Ginette siempre ha sido muy idealista!

Marion estaba atento a lo que se decía.

–Instrúyase, señor. Solo tiene que escuchar lo que se dice. El manejo del teatro se aprende como una lengua extranjera por el método Berlitz. ¿Ginette idealista? Traduzca no uno ni dos ni tres, sino un sindicato de amantes útiles. En nuestro rincón, usted y yo somos cantidades despreciables en esta recepción, nadie notará que estamos escuchando.

–Pero, señor... –murmura el joven.

La voz de Ginette afirmó, de pronto autoritaria:

—¿Que si es buena? ¡Claro que sí! ¡Lleno todas las noches! Ayer hicimos doce mil.

—He aquí la crítica teatral, señor... —continuó fríamente Marion. Y, sin molestarse siquiera en bajar la voz—: Ya no hay que asociar la palabra *actuar* con el sentido que le daban nuestros honrados predecesores. El teatro de hoy, salvo, por supuesto, la excepción que confirma la regla, es una sucursal de la Bolsa. Si se quiere un porcentaje, primero hay que hacer una inversión, ¿no es cierto?

—¿Quiere usted hacerme creer que yo, como autor, debo aportar algo más que mi obra?

—Sí. A menos que colabore con un nombre conocido, que se llevará toda la gloria sin haber escrito una palabra, claro está... si tiene usted la suerte de que su nombre no desaparezca en el camino. Es así: lo toma o lo deja. Un apaño, señor, un apaño. Así están las cosas, señor, así están. Esta es la consigna de nuestra época en todos los ámbitos. A veces una buena redada pesca de golpe todo el banco de proxenetas. Pero eso solo pasa en asuntos bancarios.

—¡Es usted muy desmoralizante, señor!

—¡No abandone sus ilusiones! No tengo inconveniente. Pero conservará su obra con ellas.

—Señor... ¿No querría usted leerla?

Un terrible hipo ha reprimido de inmediato la risa de Marion. El joven se echa hacia atrás, sin duda asustado, tal vez ofendido, tal vez convencido de que ese tipejo de voz afeminada no es más que un fracasado bilioso.

Un momento después, desaparece sin que nadie note su salida más de lo que había notado su presencia.

Marion volvió a sentarse del lado del diván. Atento, examinaba a las mujeres con su mirada de excleptómano. No, no sentía deseos de robarles nada. Eran lo que eran, sin vergüenza alguna, y sus vidas comportaban todo tipo de luchas y todo tipo de valentía. Conocían el duro y meticuloso trabajo, incluso el lirismo, a sus horas, y también, a menudo, la auténtica bonhomía. El cristal de aumento podía revelar algo más que vanidad, venalidad, pelucas y narices falsas. Con él se podía ver nacer y crecer muchos talentos, y a veces un genio.

—Cuando uno forma parte de una empresa comercial —concluyó—, es bastante hermoso poder ser comerciante de quimeras. En escena, toda esa gente da y siente emociones sinceras...

—¡Recítanos unos versos!

Ya nadie sabía a quién se dirigían esas palabras.

Marion notó que le tocaban el brazo.

—Dígame —murmuró el periodista entre dientes—, ¿es cierto que usted conoce a Laurette Wells? —Guiñó un ojo con aire pícaro—: Me la presentará un día, ¿verdad?

Marion no bajó la mirada para responder:

—Se equivoca, querido. No la conozco.

—¡Ah!... ¡Qué lástima!...

El perrito ladró en medio del alboroto. Una recién llegada aparecía en lo alto de la escalera, bajaba con arte, repartía besos, tuteaba a todos, se sentaba en el diván. Marion oyó una vez más las voces que preguntaban al aire:

—¿Quién recita unos versos?...

Y, sin que nadie hiciera el más mínimo gesto para detenerlo, ni siquiera Ginette, que tenía algo tan importante que decirle, se fue

sin despedirse de nadie.

Seguía lloviendo. Detrás del autobús, las disputas empezaban de nuevo. Marion pensó que la palabra *foule* (muchedumbre) era el verdadero femenino de *fou* (loco)¹², se decidió por un taxi, cabeceó apesadumbrado detrás del cristal empañado.

«En casa de Laurette o de Midalge se habla de música, de arte e incluso de amor con ceremonia y respeto. Nunca se asocian Belleza y Dinero. Esos impuros son, decididamente, puros. Y, sin embargo, ese otro, el periodista, con su aire de viajante de comercio putaño, ya se creía en casa de Laurette como quien visita un burdel por la cara. Lo imagino en una de esas recepciones, frente a un cuarteto de cuerda u obligado a escuchar esos versos que no han conseguido que los profesionales reciten.»

Su propia risa enferma le oprimió el corazón. Se le ocurrió una idea. Golpeando el vidrio que lo separaba del conductor, Marion le dio vivamente una nueva dirección.

VI



Un poco de descanso, después de semanas de trabajo, era lo que Marion venía a buscar en su residencia del distrito XVI. Ninguna tarea lo esperaba allí para poner a prueba su imaginación, ni masculina ni femenina. Allí no había libros de verdad, ni papeles amontonados, ni una mesa que invitara al trabajo. El frágil secreter del salón apenas servía para escribir una o dos cartas. Solo había que pensar en poner algunas flores en los jarrones, leer las últimas novelas para mantenerse al día, hacer la lista de compras femeninas e ir de tiendas, pensar en un nuevo traje sastre, en zapatos, en medias de seda, holgazanear, calentarse al regresar de las compras, planear una visita a Laurette...

Mientras inspeccionaba su vivienda –pequeño salón, dormitorio, cocina–, miss Hervin descubrió en el secreter, entre unos folletos, una carta de Laurette. Como de costumbre, esta no había dejado de escribir en el sobre lo más importante de lo que quería decir: «Es mejor que sea el jueves a la hora del almuerzo, en mi casa, con Janine y dos más que vienen especialmente por usted».

–¡Bien!... Estamos a viernes... –murmuró, la voz descompuesta.

Marion abrió la carta, hizo un esfuerzo de cinco minutos para descifrar tanto la letra como el sentido del escrito, en el que todo se cruzaba y se contradecía, y terminó, como siempre, por soltar aquel

papelito loco. Además, no habría explicaciones posteriores, ni escritas ni verbales. Laurette nunca cree realmente en las citas que propone.

Miss Hervin suspiró. Cogió un cigarrillo y devolvió algo de alma a su interior vacío esparciendo en él los zigzagueos de su humo, compañía inconsistente, danza de genios aéreos.

Unos cojines sobre el pequeño diván, un poco de seda, un poco de oro, una alfombra bastante buena, algunos muebles de familia, una estantería cargada de volúmenes en rústica: acogedor, escogido, ese rincón en lo alto de una casa demasiado nueva. La electricidad, estable y alegre, iluminaba bien, los radiadores calentaban; y, detrás de las cortinas de terciopelo, estaban los cristales que daban a un patio limpio y a unos tejados por encima de los cuales se podía ver un pedazo de Passy¹³, incluso algunos árboles.

Miss Hervin se recostó en su diván para saborear mejor el cigarrillo, a la luz de la lámpara baja, que dejó como única iluminación. A lo lejos, el rumor de París, continuo, oceánico.

Esforzarse por no pensar sería una tarea imposible sin el cigarrillo, hada de todas las horas. Porque fumar es una ayuda en cada circunstancia de la vida. Si uno está solo, está menos solo; si está alegre, en compañía, está más alegre; si se aburre con la gente, ya no se aburre tanto; si busca ideas, las encuentra mejor; si uno espera, si está preocupado, si está desocupado, si trabaja, el cigarrillo –intoxicación, tic– es indispensable. No tiene el mismo sabor ni la misma significación según el lugar, el estado de ánimo o el momento. Este vicio, que a algunos les parece monótono, es quizá el más variado que existe.

«Fumar cuando se tienen ganas –pensaba Marion– es una dicha muy pequeña, pero no fumar sería una gran desdicha. Si lo analizas, no es que uno esté muy seguro de encontrar agradable ese sabor, áspero en la boca, pero se sabe que su ausencia es insoportable. Y ¿no es acaso por su falta como se juzga la importancia de las cosas, incluso de los sentimientos?»

Lo mismo que un durmiente entra insensiblemente en los sueños, miss Hervin, sin darse cuenta, volvía a su tristeza habitual. La pobre criatura pensaba que, en su soledad, la presencia de un animal le habría sido dulce. Solo con evocarlo, sus ojos se cerraban como sobre un sueño demasiado hermoso. Pero un gato pasaría muchos días sin cuidados en el apartamento deshabitado, y un perro no podía ser al mismo tiempo el compañero de Marion y de Mario. El secreto sería inevitablemente revelado.

«¿Tendré que estar siempre, por el hecho de ser dos, solo o sola? ¿Por qué, por qué mi madre no siguió hasta el final el instinto de sus entrañas y no hizo de mí el chico y la chica que habría debido ser? ¡Cómo nos habríamos querido! Sobrepuestos el uno en el otro, somos demasiado para uno solo o, más bien, no somos nada...»

Trató de sentir a su lado al gemelo fantasma de su infancia. Pero ahora, ella *sabía*, y la fantasmagoría había terminado.

Enderezó, para apoyarse en el codo, ese busto plano que la catalogaba a primera vista como inglesa. Un segundo cigarrillo la acompañó en su meditación.

«Suponiendo que sea cardíaca, podría morir en este diván, así... La señora Créponnet, la portera, estaría extremadamente impresionada al subir dentro de un rato para preparar la cena; luego

estaría extremadamente fastidiada. Y, para mí, sería como si todo el mundo estuviera muerto, pues yo habría dejado de existir...»

La mejilla se apoyó en la gran mano...

«Puesto que no soy un ser humano como los demás, ¿no es ya, desde mi nacimiento, como si todo el mundo estuviera muerto? No amo a nadie, nunca he amado a nadie, probablemente nunca amaré a nadie. Nada podrá hacerme creer que tengo derecho a amar siquiera a un animal. Cuando muera, mi muerte solo será una catástrofe para mí misma, suponiendo que morir lo sea. Si alguien me amara, me sentiría *indispensable* para un corazón que late, y entonces sería, a mis propios ojos, un ser valioso, y me defendería de la muerte. Pero, en cuanto a sentimientos, en ningún lugar se me necesita. No soy el centro de ningún magnífico egoísmo. Y porque nadie lloraría si yo muriera, a veces me lloro a mí misma, único duelo que habré ocasionado.»

Detenerse en tales pensamientos lleva más tiempo del que se imagina. Cuando terminó el cigarrillo, los dedos delgados arrojaron al cenicero lo que quedaba de él, luego quedaron suspendidos en el vacío. Las pupilas se agrandaban, azules, en el fondo de su baño de sombra.

«¿De verdad no vendrá nunca, nunca, nunca nadie?»

—¡Soy yo, señorita Hervin! —gritó cómicamente la portera al entrar por la cocina.

—¿Ah! ¿Es usted, señora Créponnet?

La risa de Marion se ahogó en el hueco del cojín, exactamente en el lugar donde debía esconderse el sollozo ya formado.

Tuvo que seguir siendo miss Hervin hasta el final de los exámenes de Derecho, que empezó con una falda, y luego volver a ser el pequeño de Valdeclare para colaborar anónimamente con grandes autores fatigados. Marion, al desaparecer de la feminidad, liberaba también su existencia de varios flirteos que se ceñían demasiado a su gastado vestido de mecanógrafa. Ahora la alternancia servía a su vida huidiza y la ayudaba a entrar solo en los círculos que le interesaban.

Un poco de cariño por Laurette surgió en su solitario corazón cuando volvió a su diván después de cenar.

«Iré a verla mañana», concluyó.

Y, para no seguir leyendo en su propio destino, cansada de dar vueltas sobre su personalidad, se sumergió sin ganas en un insípido «recién publicado».

Laurette aún no había salido y se mostró encantada con la visita. Llevaba botas y su traje sastre y, aun así, se quejaba de tener los pies fríos. Después de un momento, empezó a caminar de un lado a otro por la habitación, la espalda aún más recta de lo habitual y la mirada dura.

—Marion —dijo—, ya que está aquí, va a ayudarme.

—¡Muy halagada por su confianza, Laurette! ¿En qué puedo servirla?

—Una de las chicas que vino a almorzar el jueves ve de vez en cuando a Aimée de Lagres. Ya sabe, soy la responsable de su divorcio.

—¡Ah, sí!... ¿Y no la abandonó usted cuatro meses después?

—Sí, Marion. Al parecer, ahora se consuela con la vieja condesa Talliard, y no lo soporto. Hay que arrancarla de las garras de esa

jirafa insípida. Me deshonra. No puedo admitir que esa me suceda.

–Pero ¿y si es feliz?

–La felicidad no es interesante. Prefiero que vuelva a ser mía.

–Seguramente, a ella eso le pondrá triste.

–Marion, ella merece sufrir. Es un alma pequeña, muy rara. Y además tiene tobillos de cierva, unas manos preciosas, ¡y unos ojos melancólicos con una boca respingona! Una criatura encantadora...

–¡En una palabra, la extraña!

Laurette se detuvo en su ir y venir.

–Quisiera para ella alguien que se pareciera a usted. Pero sé muy bien cómo es usted, así que...

–Así que se sacrifica.

Laurette se sentó para reír mejor con su risa de muchacha de catorce años. Luego fijó en Marion esa mirada que tiene cuando la adivinan demasiado bien, mezcla de pudor y complicidad. Su voz, sin fuerza, precipitó las palabras, y sus ojos se volvieron, avergonzados de mostrar tanta animación.

–Como usted la ha visto varias veces en mi casa, parecerá natural que vaya a visitarla. Le dirá que va por una entrevista.

Marion contuvo su alegría.

–Para empezar, ya no soy periodista, y además ella no tiene nada que justifique una entrevista! No es más que una mujer de mundo entre miles.

–¿Acaso no puede uno entrevistar a quien quiera?

–No, querida loca, no se puede.

–¡Pues bien! Ya se le ocurrirá algo. Se las arreglará para estar a solas con ella porque la vieja Talliard no debe dejarla ni a sol ni a sombra, y le hará saber que todavía la amo, lo cual es verdad. Yo no

puedo intentar nada porque la Talliard me odia. También quiero que le lleve de mi parte veinticuatro rosas rojas y doce calas¹⁴.

–¡No sé si tendré éxito!

–Marion, hay que hacerlo. Estoy muy enfadada con esa chiquilla. No quiere verme bajo ningún concepto, y yo quiero que vuelva conmigo.

Miss Hervin observó el temblor que sacudía la cabeza de Laurette. Comentó:

–Tiene usted la cara de un capitán de navío el día del motín. ¡Eso va mal!

–¡Muy mal!... –respondió Laurette sombríamente.

–Pero su plan de campaña es simplemente absurdo. ¿Por qué no manda como emisaria a esa otra que ve a Aimée de Lagres de vez en cuando?

Una breve risa de desprecio acompañó el alzamiento de hombros de Laurette.

–Lo arruinaría todo. Es una idiota. Solo usted puede lograrlo.

–Está bien, lo intentaré, pero no por los medios que propone. La entrevista, las rosas rojas, las calas... todo es un delirio.

–Muy bien, Marion. Entonces llevaré yo misma las flores y las dejaré en su puerta, sin más. Ella sabrá de dónde vienen. Eran sus favoritas.

Marion también se encogió de hombros.

–Sus complicaciones de gente ociosa me divierten. Se inventan historietas, juegan con el amor. En el fondo, son como una banda de alumnas de internado (internas peligrosas, por cierto), ya que en todo esto hay un hombre que quería a su esposa y la perdió, y una

mujer que vivía tranquila y que ahora se lanza a aventuras inconvenientes.

–Era *antes* cuando eran inconvenientes...

Ese murmullo de Laurette fue apenas perceptible. Ella casi siempre habla para sí misma, sin preocuparse de si la oyen o no.

Reanudó su paseo de un lado a otro y miró hacia las ventanas.

–Sí –dijo Marion–, ya sé. Tiene que salir. Adiós.

–Venga conmigo, Marion. El coche la llevará después donde quiera. Voy a casa de Margaret Watson.

–¿Otra nueva?

–Tan pálida, pelirroja... –soñó en voz alta Laurette, llamando a su doncella– y sin saber aún si quiere...

VII



«Heme aquí, enredada de lleno en la inmoralidad ajena... –se dijo miss Hervin al volver a casa–. ¡Qué noble ocupación para pasar mis cortas vacaciones!»

El codo apoyado en la rodilla, el mentón en la mano y el cigarrillo en los labios, se entretenía hasta la hora de dormir ideando formas de acercarse a la señora de Lagres. «Aunque no servirá de nada», concluyó. Pero era más divertido que leer una novela.

Habría hecho falta apasionarse por la causa, detestar a la condesa jirafa, imaginar que devolver a la fugitiva a las uñas rosas de Laurette era una obra de noble liberación. Quizá entonces el genio habría descendido a dictar el plan que seguir.

¿Qué pretexto inventar?

El sueño llegó antes que la inspiración.

«Dormir... como todo el mundo. Ser durante la noche un ser como los demás... Es una lástima que ocurra en el inconsciente.»

Sobre la almohada, el perfil marfileño siguió aún mucho tiempo con un ojo claro abierto en su delicada caverna, joyero de una bella piedra preciosa. La boca, apesadumbrada, intentaba esbozar una sonrisa. Sobre la blancura de la ropa, los cabellos, deshecho el peinado, se deslizaban como pequeños reptiles.

Se descubren milagros en el refrán más banal cuando se experimenta personalmente su verdad.

«¡Es cierto eso de que la noche trae consejo!», rumiaba Marion mientras se aseaba.

Como en un guión teatral, le había venido de pronto, sin buscar más, la única manera posible de introducirse en casa de la condesa Talliard. Al despertar, el programa estaba bien hilvanado.

Durante dos días, entre paseos por su barrio o mientras iba de compras, estuvo puliendo su plan. Vieja costumbre de dramaturgo. Pero ¡cuánto más palpitante es vivir una comedia que escribirla!

Al tercer día por la mañana, impaciente, se presentó en casa de Laurette para estar segura de dar con ella. No era muy conforme a las normas, pero estaba segura de ser recibida a pesar de todo.

Atravesó el jardín de Neuilly bajo el frío y esperó apenas un instante en el gran salón de la planta baja.

—¿Quiere subir la señorita?

La pedicura, sentada junto al lecho, sostenía uno de los encantadores pies de Laurette, y mientras pulía los cinco caparzones rosados incrustados en los estrechos dedos, le contaba toda suerte de chismes, secretos y escándalos cazados al vuelo en las casas donde ejercía. Laurette, lánguida, recostada entre las nieves de su cama, no escuchaba. Aquel zumbido formaba parte del oficio y no perturbaba su melancólica ensoñación.

—*Well, Marion? What news? Did you see her?*¹⁵

Y el diálogo prosiguió en inglés, sin que mediara siquiera un apretón de manos.

—¿Que si la he visto? Pero, Laurette, ¡no sea absurda! Solo vengo a traerle una idea, eso es todo.

–*Oh, I see*¹⁶... –dijo Laurette, decepcionada.

La hizo sentarse en el borde de la cama, del lado opuesto a la pedicura.

–Fui anteayer temprano, como le dije, a dejar mis rosas y calas en la puerta del piso. Por la noche volví a ver si las habían recogido. Aún estaban allí. Sufrían por falta de agua. Así que me las traje. Aquí están. No vale la pena que no sean felices, ¿no cree? Se las llevará usted luego. Pero he encontrado algo mejor que hacer. Voy a ir esta tarde a tocar el violín en el patio. Aimée conoce mis melodías. Sabrá que soy yo. De niña solo acepté aprender violín por un vago instinto que me decía que algún día tendría que dar serenatas bajo una ventana. Y no es la primera vez que me pasa...

–*¡Un sinsentido!* –interrumpió Marion–. ¡Decididamente, cada vez tiene usted menos sentido práctico! Escúcheme bien y trate de responder sin mezclarlo todo. Creo recordar que la Talliard es muy aficionada a las ediciones raras, ¿no es así?

Los ojos de Laurette brillaron de repente. Adivinaba la idea antes de que se la explicara.

–*¡Sí!* –dijo–. ¡Eso era lo que había que encontrar! ¡Es usted maravillosa, Marion!

–*¡Espere!* No voy a cometer la tontería de presentarme con mis ediciones (¡tengo algunas extraordinarias, ya lo sabe!) mientras la Talliard esté en casa. Fingiré llegar de improviso, apurada por la necesidad de dinero. Pero antes habré vigilado los alrededores de la casa para asegurarme de que, por una vez, la Talliard haya salido sin Aimée. Segura de encontrarla sola, ¿comprende?, podré decirle fácilmente lo que usted quiere que sepa. Y asunto resuelto. Pero debe darme tiempo para llevar a cabo todo esto y abstenerse de

montar, mientras tanto, alguna locura de las suyas que lo eche todo a perder.

–Bien, Marion...

Sumisa y confiada, Laurette lo aceptaba todo, segura ya del éxito, como lo estaba siempre, incluso cuando se trataba de quimeras. Y es que llevaba en la sangre, pese a sus experiencias y su escepticismo, el prodigioso optimismo americano.

Del otro lado de la cama, ávida e impotente, la mercenaria, mientras frotaba demasiado tiempo una misma uña, intentaba captar, contra toda probabilidad, el sentido de aquella conversación en inglés que habría querido repetir en otro lugar.

–Marion, le dejo mi coche todo el día para vigilar la casa de la condesa.

–¡Sería perfecto! Así estaré segura de guardar el anonimato. El coche es completamente desconocido para esas señoras, ¿verdad?

–¡Vaya! Qué lástima. No lo había pensado... Entonces, ¿cómo hará?

–Eso es cosa mía. Solo le ruego que no se meta.

Una vez más:

–Bien, Marion...

Y nadie podría haber dicho esas dos palabras con más serena obediencia.

Una hora más tarde, tras rechazar la invitación de Laurette, Marion volvía a su casa, cargada de flores, para almorzar. Necesitaba recogerse antes de comenzar la partida, lejos de las delirantes utopías de miss Wells.

Un joven delgado, de rostro inquietante, se ha pasado una semana vigilando esa vieja casa de alquiler en los muelles, sentado en un

banco de la acera de enfrente, o entretenido con una lectura, inclinado sobre una caja de libros usados. Le habría sido difícil en otro barrio advertir tan rápidamente que la condesa Talliard salía sola todos los días, de dos a tres de la tarde, llevando de la correa a su Aberdeen terrier con puntualidad higiénica, para ella o para el animal, quién sabe.

La señora de Lagres debía ser perezosa o estar fatigada. Era evidente que no le gustaba caminar porque a las cinco en punto se presentaba el coche de la condesa para esperar a las dos damas frente a la puerta.

Ese día, a las dos y diez, miss Hervin llamó a la puerta. Oculta en un taxi delante de la tienda de antigüedades más cercana, acababa de ver desaparecer a lo lejos a la condesa y al perro.

Al subir la escalera del piso, el corazón aceleró las pulsaciones y tuvo que ralentizar. Su carga de libros pesaba mucho. Volúmenes preciosos venidos de su biblioteca franciscana.

«¿Quién sabe si me recibirán? Y, si me reciben, ¿qué cara pondré al ofrecer mis libros como una pobretona? Aimée de Lagres solo me ha visto una o dos veces en casa de Laurette. Si se acuerda, me echará al instante, oliéndose la trampa; si no me reconoce, se preguntará qué pinto allí y cómo sé que a la condesa le interesan las ediciones raras... Para eso tengo mi respuesta preparada, pero aun así... ¿Por qué me he embarcado en este asunto?... ¡Vamos, no hay que flojear! Solo quería divertirme, nada más. Pase lo que pase, tengo curiosidad por ver cómo acaba esto.»

Un sirviente abrió.

—Desearía ver a la condesa Talliard... —dijo Marion con aplomo, mientras pensaba: «¡Ya está! ¡La comedia ha empezado!».

–La señora condesa ha salido, señora.

–¿No hay nadie con quien pueda hablar? Es por unos libros antiguos que podrían interesarle, y no podré volver otro día.

El sirviente debía estar al tanto de las manías de la casa. Pareció dudar, luego murmuró:

–Voy a ver...

Una súbita oleada de pánico se apoderó de Marion en el vestíbulo, apenas se quedó sola. Ya alargaba la mano hacia la puerta de salida cuando se abrió la del interior. Apareció la señora de Lagres. Apenas parpadeó:

–¡Oh, miss Hervin! Pero ipase, por favor!

Pálida y atónita, Marion estrechó la mano tendida, incómoda con su paquete de libros. ¡Qué sencillo era todo, Dios mío!

El salón, rico y moderno, sobrio y refinado, lleno de tonalidades raras, de muebles negros relucientes, alfombras cubistas y lámparas de pantallas caprichosas, estaba sombrío pese a sus ventanas sin cortinas –felizmente para la visitante–, pues el sentimiento de estar actuando como una traidora le dibujaba un rostro bien singular.

Aimée de Lagres se dirigió rápidamente al diván más bajo, en un rincón donde debía estar leyendo el libro que yacía entre los cojines dorados. Miss Hervin tuvo la impresión de que la bonita joven se aburría, sin duda secuestrada, y que la inesperada visita le causaba gran placer.

Una vez sentadas:

–Me dicen que trae usted libros para la señora Talliard. ¿Ella ya sabe de qué se trata? ¿Puede mostrármelos?

De pronto, Marion recobró toda su sangre fría.

–¿Recuerda dónde nos vimos anteriormente? –preguntó.

–¡Claro! ¡En casa de miss Wells!

–¡Ah!... Entonces le diré la verdad sin rodeos. No se trata de estos libros. Es otra cosa.

–¿Ah, sí? ¿Qué cosa?

Una leve emoción, un rubor fugaz, cierto brillo en la mirada animaron a la señora de Lagres. Marion sintió instintivamente que estaba lista para la aventura –cualquiera que fuera–, con tal de romper la monotonía de sus días. Pensó: «Dios mío, ¡qué gracioso!... ¡El aburguesamiento alcanza incluso a una relación como la suya!».

–Se trata –dijo con calma– de la persona que acaba de nombrar: miss Wells... Ella...

–¡Ah, esa!... –dijo muy alto la joven, con un movimiento de rechazo.

–¡Esa aún la ama!... –se apresuró a decir Marion–. ¡No sabe usted en qué estado está por su causa!

La señora de Lagres soltó una risa perfectamente falsa.

–¡Eso me encanta! –Sus manos rasgaron nerviosamente el cojín más próximo–. Puede decirle de mi parte que jamás volverá a verme. ¡Jamás! Jamás, ¿me oye? Ya debí sospechar algo. Me dejó esas ridículas flores en la puerta el otro día. ¡Se las robaron, por cierto! Porque yo no las cogí. ¡Estoy harta de Laurette y sus comedias! Ni siquiera la odio. Simplemente, no existe para mí. ¿Qué le pasa ahora? ¡Que me deje en paz! –Alzó los hombros con violencia–. ¡Qué teatrera es esa chica!

Marion se había levantado.

–Muy bien... –dijo fríamente.

Aimée se arrellanó en el diván, provocadora.

–Pero ¡no! No es culpa suya. ¡Quédese! Siempre he querido conocerla mejor. No porque Laurette sea una... –Bajando la voz–: La señora Talliard no volverá antes de tres cuartos de hora. ¡Vamos! Siéntese aquí...

Con el cuello hinchado por una risa muda, Marion no pudo hablar durante unos segundos. Se dominó, acomodó el grueso paquete bajo el brazo y le tendió la mano.

–Querida señora, es usted encantadora, pero no puedo quedarme más. Solo venía a hablar de Laurette.

La insolencia no fue percibida.

–¡Bah! ¡Qué tema más insulso! Bueno, ya que tiene tanta prisa hoy, volverá otro día, ¿sí? A esta hora siempre estoy sola... La señora Talliard pasea a su perro...

La burla apenas perceptible en esa última frase terminó de decidir a Marion. Además, Aimée concluyó:

–Suponiendo que vuelva mientras está usted aquí, siempre podremos hablar de los libros, ¿no? –Y desde el umbral, aún intentando retenerla–: Jamás dejaré a la condesa. Es una amiga completamente perfecta. Fue tan buena conmigo cuando estuve a punto de suicidarme (¡hay que ser idiota!) por culpa de la Wells. ¡Perdón! Usted es su amiga. No durará, ya verá. Pero eso no nos impediría vernos, de vez en cuando... ¡Usted es tan interesante! No conozco a nadie como usted... ¡Vamos! ¡Adiós! Con todo, gracias por haber venido. ¿Volverá? ¿Lo promete? Entre las dos y las tres, no lo olvide. Hoy no le diré a la condesa que ha venido. ¿Para qué? Entonces, si un día se la cruza por casualidad... ¿Entendido? Bien. ¡Adiós! ¡Adiós, querida miss Hervin!

VIII



Marion se guardó muy bien de contar a Laurette los coqueteos de la pequeña de Lagres con ella. La loca, con su brutal obstinación, la habría atormentado durante meses, quizá años, para que se convirtiera en el instrumento de la liberación de Aimée.

Habían pasado más de ocho días desde la última visita a Neuilly. Al ver entrar a miss Hervin, Laurette no hizo ninguna escena, pues no era su estilo; pero esperó, segura de la victoria, el relato de la gran batalla.

Marion lo comprendió por su expresión, no obstante muy dominada por su gran autocontrol. Laurette, sorprendida en su escritorio, escribía cartas en su pequeño salón.

—No son buenas noticias... —murmuró la voz ronca.

—¿No la ha visto? ¿No ha podido...?

—Sí, sí, la he visto.

—¡Oh, Marion! ¡Es usted admirable! ¿Pero no ha podido hablarle?
¿Estaba la Talliard?

—¡No, no! Aimée estaba sola, y hablé con ella con toda libertad.

—¿Cómo lo hizo? ¡Es maravilloso!

Los ojos de Laurette chispeaban.

—Se lo contaré en un momento. Pero debe saber, de entrada, que ella jamás dejará a la condesa, que es feliz con ella y que bajo

ningún concepto volverá a verla.

La breve risa de desprecio de Laurette fue acompañada del habitual encogimiento de hombros y, al mismo tiempo, del alzamiento de la ceja izquierda, señal de emoción.

–Está bien –dijo entre dientes–. Encontraremos otra cosa.

–¿Qué quiere decir con «otra cosa»? ¡El caso me parece claro!

Laurette se volvió, la espalda rígida, llena de desprecio.

–¡No ha sabido usted cómo hacerlo! No le dé más vueltas!

Tanta injusticia e ingratitud no sorprendieron a miss Hervin, conocedora desde hacía tiempo de los desengaños de otros, a los que con frecuencia había asistido.

Paciente y más bien divertida, relató sus ocho días de vigilancia, luego su visita con todos los detalles, omitiendo solo lo que quería omitir.

Agresiva, Laurette escuchaba.

–No era eso lo que había que decir... –concluyó con aire ofendido.

–Y ¿cree usted que si hubiera dicho otra cosa los sentimientos de Aimée habrían cambiado? ¿Cree que se cambia la opinión de la gente con unas cuantas palabras?

–Con habilidad, usted podía...

Marion tuvo la sensación de que aquello podía durar horas, días, meses. Conocía demasiado bien la capacidad de recriminación de Laurette. Se levantó para cortar en seco.

–Adiós, Laurette.

–Quédese a cenar –dijo Laurette imperiosamente–. Esta noche viene un hombre, lord Hampton, al que ya ha conocido, ese que hace años que quiere casarse conmigo.

–Y que también querría golpearla a menudo, a causa de su carácter y de sus costumbres, que reprueba con horror...

–Sí, pero me ama. Puede hacer algo por mí. Lo vamos a utilizar para recuperar a Aimée.

–¿Cree usted capaz de un flirteo con él a la señora de Lagres?

–¡Ni hablar, Marion! –dijo Laurette, irritada—. La señora de Lagres no puede amar a un hombre. No se trata de eso. Había pensado en algo, por si usted no tenía éxito, lo que, naturalmente, ha ocurrido. Tengo todo un plan...

–¿Ah sí? ¿Cuál?

–Vamos a secuestrar a Aimée entre los tres.

–¡Vaya! Y ¿cómo es eso?

–Usted volverá a verla, le dirá que la acompaña a dar un pequeño paseo. Abajo, tendremos mi coche. Cecil Hampton y yo estaremos dentro. En la puerta cochera, usted la empuja de pronto. Cecil la agarra, usted sube detrás de ella y... –aquí la mueca americana que quiere decir tantas cosas– el coche parte a toda velocidad.

–¿Para ir adónde, Laurette?

–A Austria. La princesa Margit, que usted conoce, tiene un castillo en la montaña. Me lo prestará para encerrar allí a Aimée.

–Muy bien. Pero ¿no cree usted que Aimée gritará pidiendo socorro por la ventanilla? Y eso, en los atascos, al cruzar París, quizá sea un poco peligroso.

–¡Naturalmente, Marion! –El tono de Laurette decía: «¡Dios, qué tonta es usted!»—. Pero ya he pensado en eso. Le inyectaremos morfina para que se quede tranquila el tiempo necesario.

–¿Ah sí?... ¿Así, sin más, en el coche?

–¡Claro! Cecil tendrá la jeringuilla preparada.

–Y ¿cree usted que Aimée se dejará pinchar?

–Pues claro. Al arrancar, usted dará un grito como si hubiera un accidente. En ese momento, lord Hampton pondrá la inyección. Aimée dirá: «¡Oh, un accidente! ¡Oh, por qué me pincha!...» y se dormirá.

–Y ya está... –concluyó Marion sin reírse.

Temblando y reprobadora, Laurette la miraba, lista para volver a los reproches, sin dudar de que acababa de proponer un plan completamente natural.

–¿Se queda a cenar? –preguntó con severidad.

–¡Por supuesto, Laurette! ¡Quiero colaborar en el secuestro, puede estar segura!

–Vamos a decidirlo todo con Cecil. Justamente, ahí llega.

Marion se iba a divertir enormemente quince días con esta historia. Todo empezó con la cólera de lord Hampton en la cena y luego en la velada. Su deseo de golpear a Laurette fue tan violento que, al final, prefirió marcharse dando un portazo, como ya había hecho muchas veces en su vida, lo que significaba que estaría enojado todo un año.

El plan de miss Wells se vio modificado, pero no tanto como se podría imaginar. La fuga a Austria seguía en el horizonte. Por lo demás, Laurette no sentía la necesidad de avisar a la princesa Margit, quien encontraría muy natural ver llegar a la secuestrada con su escolta a la montaña y no dudaría en ofrecer su castillo para encerrarla.

Esos quince días, las cartas, los papelitos azules y los mensajes enviados por Laurette –ya que se negaba a tener teléfono–

sorprendieron al pequeño apartamento del XVI, donde miss Hervin, de buen humor, continuaba con su papel en la farsa.

Mientras tanto, el carácter de Laurette se volvía cada vez más intolerable. Es su forma de expresar pena. Cada dos días, se metía en la cama. Volver a ver a Aimée de Lagres se convertía en una obsesión casi peligrosa. Los ojos duros, envuelta en su armiño, llevaba todo un duelo romántico por ese dolor inventado, en el que acababa creyendo hasta la neurastenia. El coro de favoritas sufría mil afrentas y rechazos, el servicio era oprimido.

Un día, al entrar en su casa, Marion la vio acostada, tan pálida que se asustó. Pero, al inclinarse para hablarle con más persuasión, descubrió que sus mejillas, sin ningún rubor, habían sido empolvadas con polvo blanco en lugar del habitual rosado. Levantó la cabeza. Vio las cortinas de las ventanas corridas, cortinas verdes que arrojaban un resplandor cadavérico sobre el rostro de Laurette.

Farsa y sinceridad, toda el alma de miss Wells se revelaba en esa puesta en escena.

«Porque debe llorar cuando no hay nadie. El otro día sus párpados estaban realmente muy rojos, a pesar de todo lo que se había puesto para ocultarlo...»

Marion, generosa, no dio a entender que hubiera notado nada. Resignada, oyó la voz débil, una vez más, ordenar, repetir, lanzar proyectos disparatados...

«Y pensar que, si la señora de Lagres supiera mi dirección, me escribiría para que fuera a verla a escondidas de su condesa. ¡Si Laurette lo supiera!»

Sin remordimientos, guardaba su secreto. La Laurette por la que sentía simpatía no era la que tenía hoy ante sus ojos.

Después de tanto tiempo de verse mezclada en esas historias estériles –fruto del ocio, la riqueza y la literatura– acabó por cansarse. La cantinela había durado demasiado. El trabajo la llamaba desde su apartamento de soltero de la orilla izquierda. Miss Hervin desapareció un día sin dar explicaciones.

Al llegar a su hogar pobre, mosaico de libros raros, el chico de Valdeclare, antes de retomar sus diversos trabajos, antes de volver a ser lo que en el mundo del teatro se llama «un negro» (es decir, el que escribe las obras para los grandes nombres y nunca las firma), tuvo que sumergirse, suspirando, en la lectura de una correspondencia considerable. Encontró incluso telegramas a los que, naturalmente, no había respondido, diez citas urgentes y ya caducadas, dos nuevas propuestas de sus negreros habituales, una carta mimosa de Ginette Lobre, que necesitaba de su sabiduría, una invitación insistente de Julien Midalge para una velada de disfraces ya pasada, algunas tarjetas para exposiciones y conciertos, una súplica de ayuda de un joven autor de provincias, dos notas de un abogado que le pedía ser su secretario y, finalmente, como único toque sentimental entre tanta papelería pedigüeña o utilitaria, la apasionada página que le dirigía, tras haber descubierto por fin su dirección, luego de búsquedas febriles, el morenito que conoció en casa de Midalge: adolescencia, fervor y gran estilo, que lo hicieron sonreír con una compasión no exenta, sin embargo, de cierta ternura.

IX



17 de diciembre

He vagado por los muelles bajo la lluvia. El asfalto reflejaba como un río. El ir y venir de coches, tranvías y autobuses parecía una navegación. Para completar la ilusión, se encendieron las luces. En el crepúsculo, Notre-Dame imitaba a un gran navío apagado y anclado. Transeúnte perdido, caminaba sin rumbo, cansado del trabajo, anónimo, asexuado, sin biografía, sin objetivo. La ventosa de la desesperación succionaba mi corazón. Vi a Laurette bajar de su coche cerca de la casa donde vive Aimée. Estaba sola; interpretaba su papel, exclusivamente para sí misma, en una comedia que la ha hecho adelgazar y palidecer peligrosamente en estos diez días que hace que no la he visto.

Es difícil aceptar el dolor ajeno cuando ese dolor no se parece en nada al propio. Laurette sufre, y, como su sufrimiento no tiene que ver conmigo, no puedo tomarlo en consideración. El sufrimiento es una consecuencia. Nunca se deberían considerar las causas.

El remordimiento por haber abandonado a Laurette me ha sacado de mi propia tristeza. Mientras uno pueda hacer algo por los demás, no es del todo desdichado. Iré a ver a Laurette próximamente para ponerme de nuevo a su disposición. Toda esta historia es lastimosa,

pero es la única ocasión que tengo de ser útil a alguien, fuera de mi trabajo remunerado.

Me escondí en un portal para que el ojo de halcón de Laurette no me descubriera entre la multitud. Ella habría reconocido inmediatamente a miss Hervin bajo la ropa del chico de Valdeclare. ¡Qué historia! Todo París sabría mi secreto en ocho días.

Pasado el peligro, volví a casa. Me sentía menos miserable. Me puse de nuevo a trabajar con algo de ánimo.

18 de diciembre

Todavía no he ido a casa de Laurette, pues debo terminar y entregar este acto antes de volver a ser mujer. De todas formas, ya es tiempo de volver a Passy. El morenito de la reunión en casa de Midalge me escribe ahora cada dos días. La semana pasada preguntó por mí. La portera siguió mis instrucciones al pie de la letra. No lo dejó subir. Pero no tardaré en encontrarme cara a cara con él una de estas mañanas o noches, y será una nueva historia Laurette-Aimée, pero en masculino. Estoy cansado de lo anormal. Pero, siendo yo mismo una anomalía, ¿cómo evitarlo? Ese será mi destino donde quiera que vaya. No hay nadie para mí en la tierra, salvo aceptando el vicio, que me repugna, y, lo que es peor, me aburre.

19 de diciembre

Aprovecharé las vacaciones de Navidad. Mi portera de la orilla izquierda creerá que me voy a Londres, como siempre le digo cuando desaparezco. Para la de Passy, en cambio, llegaré de Londres.

La Navidad y el Año Nuevo me resultan particularmente odiosos. Ni siquiera tendré la pelota y el cochecito mecánico que me daban de niño. Nada más tonto que esos deseos, regalos y caramelos que se intercambian en esos días. Y, sin embargo, querría recibirlos y darlos, como todo el mundo. Estar fuera de la corriente: esa es mi tragedia. El alegre afanarse de los otros lo confirma aún más. Cuando paso frente a las tiendas ya adornadas con árboles de Navidad y zuecos de azúcar, aparto la mirada con un estúpido deseo de llorar.

¡Pupa!, la historia de las fiestas...

21 de diciembre

Soy de nuevo miss Hervin desde esta mañana. Iré esta tarde a casa de Laurette.

Por la noche

Laurette no estaba. He dejado una nota diciendo que volveré mañana.

22 de diciembre

Tendida en su cama, como era de esperar, me dio la mano sin hablar ni sonreír. Luego me tendió un paquete, que abrí.

—No tiene pitillera —me dijo—. La concha de esta es suave al tacto como una mejilla de mujer.

Yo abría la boca para dar las gracias, sorprendida y confundida de recibir por primera vez un regalo como todo el mundo, ¡y un regalo tan bonito! —es el primer año que veo a Laurette en París por Navidad—. No me dejó decir ni una palabra.

–¿Por qué me abandonó? –empezó, con el ceño fruncido y los ojos brillantes–. No tuvo el valor de enfrentarse a las consecuencias de su torpeza.

¡Oh, constancia de Laurette, que retoma los reproches exactamente donde los dejó tras casi quince días de ausencia y silencio! Por lo demás, no hace ninguna pregunta sobre mi desaparición. Pero yo llegaba a ella renovada, cargada de fluidos benéficos, y ella, como un polvo triste, me lanza a la cara su mal humor, su exasperante monotonía...

Muda, la dejé desahogarse. Yo estaba paciente y fría. Finalmente, calló. Sus malos ojos se apagaron. Murmuró:

–Por ver cinco minutos a Aimée aquí, vuelta a mí por voluntad propia, aunque no la volviera a ver nunca más, creo que daría mi vida...

Aunque bastante conmovida por sus palabras, contuve un encogimiento de hombros. Pero no pude evitar decir:

–Eso le daría cuatro minutos de felicidad, pero en el quinto se daría cuenta de que, en realidad, no le importa nada la señora de Lagres.

Ella respondió en voz baja:

–Es cierto...

Resignada, medio bostezando:

–¿Nada nuevo? –pregunté.

–¡Claro que sí, Marion! Aimée está dispuesta a dejar a la Talliard. Llevan una semana discutiendo.

Juzgó mi asombro con aire glacial, como si fuese una falta de compostura.

–Entonces, Laurette, ¡ya no entiendo nada! ¿Sigue usted triste? Su objetivo está cumplido. Quería quitarle Aimée a la condesa...

Me interrumpió.

–No soy yo quien se la quita. Es ella la que se va, que no es lo mismo.

–Evidentemente. No está dentro de las reglas del juego. Lo que le importaba a usted era ganar, nada más.

Recobré toda mi calma. Sonreí con ironía.

–Deja a la Talliard para volver con su marido –dijo Laurette entre dientes– y veo todos los días a la mujer que sirve de mediadora intentando recomponer el matrimonio roto. El marido se resiste bastante, pero cederá, pues sigue enamorado de Aimée. Solo que su familia quería volver a casarlo, y de ahí vienen todas las dificultades. Aimée es tan superficial que no puede soportar vivir fuera de la sociedad. Quiere volver a ser una dama como es debido.

Contuve una carcajada con un respingo.

–¡Pero eso es magnífico, Laurette! Está usted más que vengada. ¡Ahora es la Talliard quien sufre, quien lucha por recuperar su bien!

–La Talliard no me interesa. Que Aimée vuelva con su marido... es lo más horrible de todo.

–¡Va a acabar echando de menos a la Talliard!

Laurette con tranquilo escándalo:

–Después de todo, era una mujer...

–Laurette, ¿por qué no se asocia con ella contra el marido?

Risa de Laurette. Pero no dura. Todavía sofocada por esa alegría, su mirada se volvió agónica.

–Es una lástima...

–¿Qué es una lástima, Laurette?

–Todo...

Nos quedamos calladas como para dejar pasar los misterios. Entonces puse mis cigarrillos en la concha ribeteada de oro, encendí uno y, valiente, sombría, porque la envidiaba por volver a la sensatez:

–¡Aimée tiene razón!

Laurette no saltó. Su ceja izquierda se alzó suavemente.

–Peor para ella.

Ante eso, casi me enfado de verdad.

–¡Escuche, Laurette! ¡Ya basta! Se acabó lo de estar triste. Deje ya esa manía. Su juguete está roto, ¡juegue a otra cosa!

–Ya no tengo ganas de jugar a nada.

Yo hervía, rabiaba. Lamentaba estar mezclada en ese enredo ridículo. Una oleada de honradez burguesa me revolvía el estómago. Tenía ganas de armar un escándalo, de montar en cólera. Una reconvención de confesionario ante esa lujuria persistente y tranquila, esa tristeza de ociosa por desgracias tan impuras como inventadas trastornaba todo mi ser rebelde. Odiaba a Laurette, odiaba la carne y sus desbordamientos insensatos.

Mis manos se retorcieron de dolor. ¿Quién era yo para reprochar a nadie sus fantasías sexuales? ¿Yo, que no tenía sexo? Pobre forma impotente arrojada en la contienda de mujeres y hombres, no me estaba permitido juzgar sus actos. Lo único que podía hacer era envidiar sus pasiones, yo, que no podía tenerlas; admirar de lejos las fuerzas telúricas concentradas en sus cuerpos frágiles, que gobernaban sus pequeñas almas con el fatal desenfreno de las mareas que suben y bajan magníficamente a sus horas, sin que

nada pueda detenerlas. No era de la tierra, y tampoco del cielo, al no tener fe. Era una figura maldita. Y ¿quería maldecir a los demás?

–Adiós, Laurette –dije, incapaz de ocultar la tormenta que me devastaba.

Ella retuvo mi mano entre las suyas y me contempló unos minutos. Como extraña respuesta a mis pensamientos:

–Usted es el único ser puro y bello que conozco... –dijo cerrando los ojos–. Todo lo demás, y yo misma, es tan mezquino a su lado, tan miserable, tan inútil...

Y, volviéndose, quizá para ocultar unas lágrimas:

–Perdóneme... Perdónenos...

X



Con alternancias de irritación e indulgencia, distraer a Laurette se ha convertido para miss Hervin en una especie de deber apasionado. Dos o tres veces por semana va a verla, a menudo se queda a cenar con ella, sale con ella, le recita versos. Por momentos, para vencer ese marasmo obstinado, para ganar la apuesta que ha hecho consigo misma de curar a miss Wells –meta engañosa que la saca de su soledad–, se siente tentada de contarle su verdadera historia. Pero, piensa amargamente, «incluso eso le interesaría menos que su obsesión. Y ¡qué terribles consecuencias tendría para mí!».

Pasó un mes en el que Marion se zambulló en la ausencia. Siempre, después de una semana desaparecida, encontraba a Laurette indiferente, confinada en su pena, animándose solo para discutir, contradecir, matraquear, divagar sobre proyectos cada vez más insensatos.

La vuelta al matrimonio de la señora de Lagres tenía altibajos, pero la ruptura con la condesa Talliard era ahora definitiva. Refugiada en un pequeño y austero hotelito, Aimée de Lagres, prometida palpitante y prudente, esperaba la decisión de su exmarido.

–¡Qué idiota! ... –bramaba Laurette. Y añadía, olvidando sus enojos recientes–: La pobre Talliard se fue desesperada a Italia.

Después de tres días lejos de Neuilly, Marion fue a informarse y se sentó una mañana al borde de la colcha de armiño.

—¿Nada nuevo?... ¡Bien! Entonces, Laurette, ¿piensa pasar el resto de sus días doliéndose por Aimée? ¡Querida, es casi como tomar los hábitos! Y ¿qué dicen sus plañideras: Janine, la de los cabellos rojos, Natacha y las demás?

—Aún las veo de vez en cuando, Marion.

—¿Solo lo justo para hacerlas sufrir?

—Sí.

La doncella golpeó la puerta, entró y tendió una tarjeta.

—Esta señora está abajo y pregunta si puede ver a la señorita de inmediato.

Laurette no pestañeó. Una pequeña sonrisa cruzó su boca mientras, lenta y en silencio, entregaba la tarjeta a miss Hervin.

Señora de Lagres

—¡Oh, esto sí que...! —murmuró Marion.

—¡Hágala subir! —ordenó Laurette.

Marion se levantó bruscamente, dando vueltas por la habitación con gestos alocados.

—¡Me voy!

—¡No, Marion! —ordenó Laurette con mucha calma—. Es mejor que se quede. Asistirá a mis cuatro minutos de felicidad y, al quinto, que no será tan bueno... —añadió melancólicamente—. ¡Creo que se lo ha ganado!

Solo un punto de fuego en sus ojos azules marcaba su triunfo; pero no cambió su postura reclinada.

–¡Oh, Laurette! ¡Laurette! –empezó Marion–. Quién lo hubiera pensado...

No siguió. Aimée de Lagres entraba. Desde la puerta vio a miss Hervin. Fue evidente que su impulso se cortó. Un segundo de vacilación la detuvo en el umbral. Luego, fue más fuerte que ella:

–¡Laurette! –gritó.

Se había puesto de rodillas delante de ella y cogía las manos de miss Wells entre sollozos.

Laurette, la ceja izquierda levantada, acarició la nuca inclinada sobre las sábanas.

–Sabía que volverías... –dijo para sí. Se medio incorporó sobre un codo. El tono fue casi maternal–: ¡Vamos! ¡Vamos!... No llores así...

Aimée levantó la cabeza. La mirada angustiada, lacrimosa, se volvió hacia Marion, que seguía de pie. Y, de pronto, aceptó su presencia en la patética reconciliación.

La mano tendida, los ojos desviados:

–¡Ah, miss Hervin! ¡Bien me dijo usted que ella me amaba!

–¿Acaso no lo sabías? –preguntó dulcemente Laurette.

Y, en ese mismo instante, Marion vio asomar en su rostro una sombra de ironía. Los cuatro minutos habían pasado. Empezaba el quinto.

–Puesto que está aquí –sollozó la señora de Lagres–, miss Hervin lo oirá todo. ¡Confío en ella!

Se quitó el sombrero de un tirón, lo arrojó sobre la alfombra, buscó febrilmente su pañuelo para secarse la nariz y los ojos. Y aún de rodillas:

–¡Laurette, Laurette, solo tú puedes salvarme!... ¡Si supieras!...

–¿Qué ocurre?...

Laurette acababa de ruborizarse hasta la raíz del cabello. Se sentó vivamente entre las almohadas. Por su expresión, adivinaba ya un golpe teatral. Todos sus rasgos se inundaron de ironía. Aimée solo volvía para pedirle ayuda y socorro. Eso no era el triunfo. ¡Los cuatro minutos de felicidad, solo ilusión, ilusión!

Marion, apartada, el mentón tenso, fruncía el ceño.

—¡No me andaré por las ramas!... —se exaltó la criatura. Después de un gran gesto de náufraga—: ¡Laurette! ¡Laurette!... ¡Estoy embarazada de cuatro meses y medio!

—¿¡Embarazada!? —exclamaron al unísono miss Wells y miss Hervin.

Intercambiaron una mirada por encima de la cabeza de Aimée, hundida de nuevo en el armiño.

—¡Laurette! ¡Laurette!... ¡He hecho de todo para deshacerme de esto!... ¡No hay manera! ¿Comprendes? ¡Imposible volver con mi marido!...

Erguida, las manos retorcidas, bañada en lágrimas, gritó:

—¡Solo me queda suicidarme! ¡Sálvame! ¡Encuentra algo! ¡Busquen algo, las dos!...

Desplomada de nuevo, sus hombros vehementes sacudían la cama. Siguió un breve y terrible silencio.

—¡Pobrecita!... —murmuró por fin Laurette. Y todo su desprecio se exhalaba en esa piedad. Impasible, acarició los brazos, en cruz sobre ella—. ¡Vamos! Siéntate y cuenta. —Con altivez, añadió—: Has hecho bien en venir a verme.

—¿Verdad que sí? —balbuceó la joven entre lágrimas. Y, sentándose al borde de la cama—: ¡Sabía que eras una buena persona!

—¿Entonces?... —preguntó Laurette, sonriendo.

Marion fue a sentarse al otro lado de la cama. Mirándolas a ambas, el pecho convulso, el pañuelo en la boca:

–¡Me aburría tanto con la señora Talliard! Así que... así que... tomé un amante... No fue fácil... Ella me vigilaba de cerca... Solo lo vi tres o cuatro veces... Y luego... se fue. Es un jovencito... No es rico... Se fue a hacer el servicio... en Alemania... No lo quería tanto como para extrañarlo... Pero la señora Talliard notaba que pasaba algo. Empezaron las peleas. Y entonces me entraron ganas de retomar mi vida con mi marido. ¡Oh, deseo tanto volver con mi marido!... Todo empezaba a ir sobre ruedas... Y ahora... Me di cuenta de esto... ¡Semanas! ¡Semanas!... ¡Sufriendo sola! ¡Qué horror!... Las parteras... las... ¡Solita! ¡Nadie lo sabe en el mundo, salvo ustedes dos ahora! –Hundió los dedos en su corto cabello–. ¡Estoy deshonrada! ¡Deshonrada! ¿Qué va a ser de mí?... ¡Y sin un céntimo! He tirado toda mi dote por la ventana. Si mi marido no me acepta, ¿qué va a ser de mí?

Sus ojos dejaron de mirar a las dos, que la escuchaban. Se perdieron en el vacío, sin ver ya nada más que el negro destino.

–¡Estoy harta de arrastrarme en vuestros líos! Quiero retomar mi vida anterior. ¡Quiero a mi marido, quiero mi posición!

Ante este ataque directo, Laurette negó con la cabeza, con el porte erguido de los grandes momentos.

–¡Nuestros líos nunca te hicieron un hijo! –dijo tranquilamente.

Aimée sintió que el peligro pasaba. Volvió a besar las manos de Laurette.

–¿Ves? ¡A ti he venido! ¡A ti te he elegido, porque solo te tengo a ti! ¡Oh, Laurette! ¡Sálvame!

–¿Qué se puede hacer?... –preguntó Laurette mirando a miss Hervin.

Y su expresión era, de pronto, la de una negociadora en plena estrategia.

¿Qué imposible iba a inventar para ayudar a su suplicante? Marion no quiso darle tiempo a divagar.

–¡Escuchen! –dijo. Bajó la cabeza para reflexionar un momento. Luego–: Aimée, va a responderme sin ninguna mentira.

Aimée sintió, al igual que Laurette, una autoridad tranquilizadora en el tono de miss Hervin. Ambas, vueltas hacia ella, atendieron petrificadas por la atención.

–¿Su marido ha decidido aceptarla de nuevo?

–Creo que le gustaría. Pero está bajo la influencia de su familia, de muchas personas que quieren volver a casarlo bien y que estarían encantadas de descubrir lo que me pasa.

–Bien. ¿Cree que aún la ama?

–¡Oh! ¡De eso estoy segura!...

–Perfecto. Si todavía la ama, hemos ganado.

Un estremecimiento sacudió a la pequeña de Lagres. Sus ojos, enrojecidos, magníficos, se llenaron de esperanza.

–Esto es lo que hay que hacer... –continuó Marion, dibujando el escenario a medida que hablaba–. ¿Ya le ha escrito?

–Sí.

–Bien. Entonces le va a escribir otra vez. Le dirá que comprende sus dudas, que no merece su perdón, que solo desea su felicidad, que acepta ser desgraciada con tal de que él sea feliz. Y, ¡escuche con atención!, va a desaparecer. Durante un año debe ignorar dónde está, qué ha sido de usted. De vez en cuando le enviará una nota de

arrepentimiento y abnegación, transmitida por intermediarios (yo, por ejemplo), pero nunca haciéndole saber su paradero. Entretanto, el niño nacerá, será confiado a una nodriza de la región donde dé a luz. Y solo cuando esté usted completamente restablecida, empezará a ceder en sus cartas, acabará por sugerir la idea, la esperanza de un encuentro. La primera vez que dé una dirección, su marido le responderá rogándole que vuelva, o incluso irá como un loco a buscarla.

Las manos de Aimée se habían entrelazado a medida que Marion hablaba.

–¡Oh! –exclamó–. ¿De verdad lo cree?

–Y ¿si se casa mientras tanto? –murmuró Laurette.

–No se casará. Estará demasiado ocupado buscándola. Incluso si no tuviera un niño que ocultar, sería la única táctica para recuperarlo.

–Pero ¿no sospechará lo del niño? –dijo Laurette.

–Vamos, Laurette. ¡Un poco de psicología! ¿Cómo va a sospechar del niño, teniendo en cuenta el tipo de amor por el que su mujer lo dejó?

Ahí, todo el lado cómico del drama entró en la imaginación de Laurette, que se echó a reír con su risa más oxidada, débil, impotente, una risa alegre como la inocencia.

Marion alzó los hombros.

–En lugar de reír, ayúdeme con los detalles. Tenemos que ponernos en campaña de inmediato para encontrar el rincón de provincias donde nazca el niño.

–No tengo dinero... –confesó la señora de Lagres en un susurro.

Y su cabeza se inclinó profundamente.

Laurette le cogió las manos.

—No te preocupes por eso, querida...

El resto de sonrisa que seguía en su rostro desapareció.

—Marion —dijo—, te toca dirigirnos.

El latido que la incomodó al oír estas palabras sorprendió a Marion. Le confiaban la responsabilidad de una peligrosa aventura, le entregaban el destino de una mujer. ¿Era angustia lo que sentía? ¿O una especie de placer, el de ser útil, de vivir por delegación los acontecimientos de la existencia ajena?

—Bien —dijo—. Pero todavía tengo muchas preguntas que hacer para entender bien la situación.

—Van a quedarse las dos a almorzar conmigo —decidió Laurette—. No salgo hasta la noche. Tendremos la tarde para hacer nuestros planes.

Siguió un momento de silencio, cada una absorta en la gravedad del presente y del porvenir. Luego Laurette, las comisuras de los labios contraídas, concluyó entre dientes:

—¡Un niño! Nos engañaste a todas, y con gran estilo. A nosotras, Aimée, sin hablar de tu marido. —Y añadió, recobrando la alegría—: En el fondo, quizá él se alegraría de verte volver embarazada. Le tranquilizaría sobre tu conducta en el tiempo que has estado ausente.

INTERMEZZO



En varios carnavales de disfraces modernos como el taller de Julien Midalge, la villa de Laurette Wells, el foso de los osos de Ginette Lobre, uno o dos fumaderos de opio, ciertos cabarés nocturnos y ciertos bailes de negros, se ve merodear, sin participar jamás en nada, la silueta equívoca de un personaje con dos caras.

Estos lugares no los frecuenta la verdadera burguesía, o más bien lo que queda de la verdadera burguesía, en un París cada vez más inclinado a la confusión de géneros, un París donde la sociedad de posguerra hace caer una a una las barreras separadoras, dejando subsistir solo una muchedumbre informe y multicolor, a la que se suma, para intensificar aún más los colores del Arlequín histérico, la insidiosa invasión del extranjero.

Único ejemplar en su clase, en medio de oleadas de lujuria, ambición, vanidad y estupidez, Marion acentúa cada día más su risa sarcástica de espectador único ante quien se agita la inmensa comedia. Para él, la vida solo tiene sentido en ese papel neutro en medio de la batalla de los apetitos. ¡Amarga diversión! Un exilio demasiado largo, entre los humanos, de un arcángel desesperado que no cree en el cielo.

¿A dónde ir?

—*Pues iquedarse aquí!*

¿Qué hacer?

–*Pues ¡trabajar para vivir!*

«Bobo, ¡la historia de todo!»

«¡Qué bella obra les he hecho representar sin haberla escrito!»

Ahora que Aimée ha dado a luz, que el niño está bien alimentado, que el marido se ha vuelto a casar con su mujer, mártir de remordimientos y de abnegación; ahora que Laurette, curada, ha retomado el curso normal de su vida anormal, ¿por qué habría de volver a verse en la villa de Neuilly a una tal miss Hervin, empeñada en una lucha para salvar a una desdichada por la que, en el fondo, no tiene mucho interés?

Quedarse aquí, sí, trabajar para vivir, hasta que la muerte igualadora convierta al «pobre tipo» excluido de la existencia en un poco de polvo que se parecerá al de los demás, es la única esperanza permitida a su humilde y furioso deseo de ser como todo el mundo.

El alejandrino

Haré mi esqueleto tan bien como los demás,

descubierto una noche de insomnio en el admirable libro de Marie Noël, será a partir de ahora la canción de cuna consoladora de una vida tan monstruosamente desolada desde su nacimiento.

XI



Cuatro en la carretera, el coche descubierto, Charlie junto al conductor, metiendo constantemente baza en la conversación. ¿Cabe imaginar que en estas condiciones alguien tuviera tiempo de fijarse en el desfilarse del paisaje?

Charlie, nueva presencia en la vida de Laurette, hablaba un inglés venido de no se sabe qué rincón de América, para diversión irritada de lord Hampton, que se negaba a entender una sola sílaba de ese *slang* tan terriblemente nasal.

Algo rechoncha, Charlie iba vestida de hombre, salvo por una pequeña falda bajo la que sentía la necesidad de llevar mallas, como si fuera a la guerra.

—¡Déjenme conducir! —dijo al salir—. ¡Los llevaré a cien por hora hasta Solesmes, ya que hemos decidido ir allí!

Pero ni el chófer ni Laurette lo consintieron. Charlie resultaba en todo demasiado temeraria; se decía que la audacia era el fondo de su carácter, como lo probaban su indumentaria, su pelo casi rapado, cada uno de sus gestos, sus comentarios desafiantes y los puros que fumaba.

Paradójicamente, dos gruesas perlas brillaban en sus orejas, en medio de toda esa ingenuidad hombruna.

La Pascua Florida, a pesar del aire frío, agitaba a lo largo de los caminos cerezos y perales de abril, grandes canastas llenas de pájaros. Una nubecilla redonda y blanca flotaba arriba, en el azul, como si uno de esos árboles hubiera partido de repente hacia el cielo.

Empezaban las dulzuras del Sarthe¹⁷.

–Laurette, ¿por qué vamos a Solesmes, o a saber qué sitio? –preguntó Charlie, completamente vuelta en su asiento.

–Porque Cecil y Marion han dicho que allí hay hombres de la Edad Media y que mañana hay que ir a misa.

–¿Dices en serio que tenemos que ir a misa? –se rió Charlie.

Y la que estaba sentada en el fondo, entre Marion y Laurette, Iffet Effendi, princesa turca, alzó sus bellos ojos negros y lánguidos de animal exótico hacia el cielo. Ruló las erres, gorjeando como todas las mujeres de su país, para responder en perfecto inglés:

–¡Yo, que soy musulmana, lo sé mejor que tú! Solesmes es una abadía célebre.

–¡Solesmes! ¡Los benedictinos! –gritó lord Hampton con desprecio, perturbando el equilibrio de su inestable postura a los pies de las damas–. ¿Nunca han oído hablar de ellos?

–Solesmes –repitió Marion con más suavidad–, y la misa de Pascua, ¡la misma de los tiempos de Carlos V¹⁸!

–¿Está usted segura? –se interesó lord Hampton.

–¡Marion lo sabe todo! –dijo Laurette.

Charlie silbaba, en medio del viento de la carretera, un *ragtime*.

Al tiempo que iniciaba esta conversación erudita con lord Hampton, miss Hervin no perdía de vista la primavera que surcaban. ¿Cuántos años hacía que no veía la naturaleza? Su espíritu, saturado de París

–piedra, hierro, árboles que brotan del asfalto–, se maravillaba en silencio de todo lo que pasaba a derecha e izquierda del automóvil. ¡Parar! ¡Bajarse! ¡Respirar de cerca! ¡Tocar!...

Justo entonces, a la entrada de un camino estrecho, sin carteles, sin asfalto y desierto, el estallido de un neumático, el volantazo del coche, algunos gritos de miedo... y la parada, al borde de una zanja llena de hierba, bajo unos árboles colmados de capullos apenas brotados.

–¡Hay que aprovechar para merendar! –reclamó Charlie–. ¡Es la hora!

Y, como todos habían bajado, el pequeño grupo se instaló al borde del camino.

–¡Aquí están los pasteles, el termo, los vasos! –continuó Charlie, muy orgullosa de su reputación de buena organizadora.

–Yo nunca tomo té –dijo Laurette–. Solo necesito un vaso de agua. Me muero de sed. ¿Habrá una fuente por aquí?

–Quédense aquí –dijo Charlie dándose importancia–. Les encontraré una. Justo allá, en la curva, hay una granja.

–¡Voy con usted! –dijo Marion, ávida de moverse entre el verde.

–¡Yo también! –dijo la turca.

Lord Hampton, acomodándose junto a Laurette:

–¡Las esperamos!

Caminaron hacia la granja. Un hombre salía al camino detrás de dos vacas pacíficas.

–¡No están atadas! –observó Charlie parándose en seco.

La turca, asombrada, murmuró en francés, inclinándose hacia Marion:

–¡Tiene miedo!

–¿Ella?

–¡Se lo aseguro, querida!

–¿Con sus botas, su chaqueta y su puro?

–¡Desde luego!

–¡Qué divertido!

Marion, seguida por la turca, apretó el paso para adelantarse. Charlie se aferró a su brazo. Una de las vacas, cabeza baja, se desvió ligeramente al ver a las desconocidas. El grito agudo de Charlie fue seguido de un salto de huida. Agarrada al tronco de un árbol, fingió treparlo cómicamente. Las vacas habían pasado, la risa de Marion se ahogó en su garganta como siempre; la de la *hanoum effendi*¹⁹ sonó alta y clara.

–¡Y eso que presume de chico!

Charlie se volvió hacia ellas, completamente pálida:

–Era para hacerlas reír. Lo logré, ¿no?

Pero no se atrevió a llevar más lejos la mentira.

Cuando volvieron con su botella de agua, la turca fue cruel:

–¡Charlie nos ha salvado de los cuernos de un toro! –contó.

–¿Un toro, esas dos pobres vacas que vimos pasar? –se asombró lord Hampton.

Y Marion retomó el francés, ininteligible para Charlie:

–Valiente miedosa es tu matamoros, Laurette.

Laurette, impasible, entre dos sorbos de agua:

–Cuando se disfrazan de hombres, siempre es así. Se puede decir de antemano que son unas mujercitas... ¡y en todo, ya saben!

–*What are you talking about?*²⁰ –preguntó Charlie, inquieta.

Pero Laurette no se dignó responder. Apurada como siempre, aunque sin razón alguna, quiso subir de inmediato al coche. La

rueda de repuesto ya estaba colocada. El viaje prosiguió a través de la primavera. Marion contenía unos suspiros.

Su llegada al único hotel donde alojarse para visitar la abadía debió dejar un recuerdo inolvidable, a pesar de que todos los literatos de París habían pasado por allí.

Imperiosa, fría y hablando entre dientes, Laurette dio órdenes poco amables nada más entrar. Su mal humor, el aspecto de Marion, el aún más llamativo de Charlie, los ojos de hurí, muy maquillados, de la princesa, el aire aburrido y displicente de Cecil Hampton... aquella banda tan extraordinaria pedía baños cuando ni siquiera había palanganas, reclamaba habitaciones silenciosas y pretendía encargar una cena refinada: era la revolución en la humilde posada.

—¡Hace frío! —se quejó Laurette cuando le abrieron la puerta de su habitación—. ¿Por qué no hay alfombras en estos horribles suelos de baldosas?

En el cuarto contiguo, Charlie encendía un puro. Más allá, la turca se retocaba el carmín delante de un espejo de dudosa limpieza. Solo lord Hampton y Marion, perdidos en los pasillos, seguían conversando sobre Solesmes mientras fumaban.

—¿A qué hora es la misa mañana? —preguntó miss Hervin a un camarero que pasaba, atolondrado, con dos jarritas de agua caliente.

—A las nueve.

—Apuesto que solo iremos nosotros dos... —predijo lord Hampton.

Y así fue.

—¡Oh!... Pero ¿por qué me despierta tan temprano, Marion? —gruñó Laurette a la mañana siguiente.

–¡Vamos, mujer! ¡Hemos venido para la misa de Pascua!

–Déjeme dormir. Charlie no va, Iffet tampoco. Y ueste hotel es horrible! ¡Deberíamos haber dormido en Le Mans!

–¡Hemos seguido su programa, Laurette!

–Y ¿ninguno de ustedes sabía dónde íbamos a caer?

–Duerma, Laurette, duerma. Yo voy a terminar de arreglarme. ¡Hasta luego! Puede continuar con sus reproches en el almuerzo.

A las once y media Marion volvió y se sentó al borde de la cama de Laurette, quien, por el frío, había decidido seguir acostada y almorzar en su habitación en lugar de bajar al comedor.

Miss Wells vio tantos sueños y tanto encantamiento en esos ojos que volvían de la misa pascual que tuvo el supremo valor de reprimir las quejas que tenía al borde de los labios.

–¡Oh, Laurette!... ¡Qué lástima que no se haya levantado! ¡Si supiera...!

–¡Cuéntemelo, Marion! ¡Será mucho más hermoso que si hubiera ido!

Solesmes, la misa de Pascua en la basílica, un largo pasillo blanco donde el sol llega a través de vitrales descoloridos; muros sin cuadros, sin estatuas, el altar sin sagrario; a derecha e izquierda del coro, esas dos multitudes de piedra cuyos personajes, esculpidos en los siglos XIV y XV, parecen engendrar la procesión inmaculada de los monjes vivos; el canto venido de los primeros siglos, entonado por gargantas de hombres a los que está prohibido llegar al final de su voz, del mismo modo que se prohíbe que los colores de las vestiduras sacerdotales lleguen al final de su brillo; el obispo, blanco, mitrado de oro pálido, alrededor del cual evolucionan los monjes de nieve; la nieve de los muros iluminando a esos monjes blancos

orlados de sol, claridad matizada, sombras transparentes... Toda esa magia pascual, parecida a algún culto aún desconocido, la contaba Marion con voz baja y emocionada.

—Y, Laurette, cuando terminó la misa, lord Hampton se atrevió a preguntar a un monje que pasaba a nuestro lado. ¡Nos respondió con tanta cortesía! Vio que comprendíamos su pureza de lirio; nos dio todas las explicaciones, nos acompañó a la sacristía, hizo abrir para nosotros cajones llenos de capas tejidas en tonos suaves, mandó traer el último báculo tallado en el monasterio, todo en marfil, con un ángel arrodillado entre los adornos, cuyas largas alas colgaban como los élitros de un insecto blanco. ¡Qué desprecio por los colores estridentes de la Iglesia ordinaria! Estos benedictinos son verdaderos estetas religiosos, la aristocracia del catolicismo. Cultivan las artes, la literatura, la historia, la música... al mismo tiempo que sus hermosos huertos. Les gusta lo moderno tanto como lo antiguo. Un decorador contemporáneo acaba de terminar el altar. Tienen electricidad en la basílica. Pero todo esto no les impide estar demacrados por el ayuno severo y la oración perpetua. En la procesión final había un novicio tan pálido, tan exaltado... Tal vez quince o dieciséis años...

—¡No podía estar más exaltado que usted, Marion! ¿Está segura de que no era usted ese monaguillo?

Miss Hervin se estremeció. Justo entonces le volvía a la memoria la exclamación de sus preceptores: «¡Será benedictino!».

—¿No dice nada más, Marion?

—No tengo nada más que decir, Laurette.

—¡Qué pena! ¡Era tan hermoso! Me alegro de haber venido a Solesmes...

Su mirada cambió de conversación antes que su boca:

–Pero... ¿no olvida que la idea inicial era sorprender a la nodriza que cuida del niño de Aimée?

–¡Ah! ¡Es verdad! –murmuró la voz de Marion, arrancada bruscamente del ensueño.

–Ya me traen el almuerzo –prosiguió miss Wells–. Dese prisa en ir a comer con los demás. Tenemos que estar de vuelta en París antes de que anochezca.

En el lugar de la carretera donde les habían dicho que esperaran, Charlie, Iffet y lord Cecil se entretenían, alrededor del coche, preparando un cóctel con lo que Charlie había llevado.

Ni siquiera oyeron lo que, en un susurro, les había dicho Laurette: «Marion y yo vamos a ver al hijo de una antigua criada...».

¡Cuánto trabajo les costó encontrar la casita perdida en la campiña donde se escondía el hijo de la señora de Lagres, «nacido de padres desconocidos»!

La señora Lagnel, pagada regularmente por miss Wells, cuyo nombre ignoraba, no había vuelto a ver desde hacía dos años y medio a las dos damas que le habían traído al niño en un automóvil. Laurette le había dicho:

–La enfermera lo ha inscrito como Pierre Petit en el Registro Civil. Cada mes recibirá usted la cantidad convenida. En el Ayuntamiento nos han dicho que se puede confiar en su honradez...

Habían elegido al azar en el mapa de Francia el departamento de La Sarthe. Nacido en un rincón de los Pirineos, el niño debía desaparecer en lo más recóndito de otra región.

La idea de miss Wells de ir a sorprender a la nodriza no suponía interés alguno por la inocente víctima de los amores de Aimée de

Lagres, sino más bien un pequeño ataque de avaricia, como los que a veces tenía. La señora Lagnel enviaba últimamente cartas al notario de miss Wells –la única dirección que le habían dado– para reclamar un suplemento de ayuda, ya que el coste de la vida había aumentado.

Enojada, además, por el tiempo perdido buscando la casa, Laurette, al cruzar el umbral, tenía ya la mirada de acero y la espalda recta. Marion la seguía fumando, ausente, absorta en sus sueños benedictinos.

Según se acercaban, un grupito de criaturas, niñas y niños, el mayor de unos diez años, los demás de edades escalonadas hasta el más pequeño, corrió hacia ellas.

La curiosidad los llevaba al encuentro de las distinguidas damas, pero, al verlas de cerca, el cigarrillo de Marion los dejó petrificados.

–¿Sois los pequeños Lagnel? –preguntó Laurette, glacial.

–Sí, señora...

Laurette abrió la boca para preguntar: «¿Quién de vosotros es el que todavía chupa de la teta?»... pero se detuvo. No era difícil reconocerlo en su pobre ropita de niño pobre. Débil, mirada temerosa, sus dos años y medio revelaban ya una raza distinta de la del resto de la prole, de mejillas rojas y aspecto campesino. Tenía los párpados melancólicos de Aimée, sus manos aristocráticas. El resto de su pequeña persona debía recordar al padre. Sus cabellos rubios de bebé caían, bucles polvorientos, sobre sus ojos de un dorado castaño. Nariz mocosa, salvaje, se escondía detrás de una de las niñas.

La señora Lagnel llegaba a grandes pasos. Reconoció a las damas distinguidas y, visiblemente molesta, empezó por disculparse por el

desorden de los niños, con muchas explicaciones sobre lo difícil que era que estuvieran limpios, quejándose del precio de la vida y de la desgracia de haber quedado viuda con cinco mocosos a su cargo.

–¡El sexto paga por todos! –cortó Laurette con desdén.

Ella había aceptado generosamente el rescate de Aimée y sus consecuencias pecuniarias, pero pretendía desahogarse a gusto, pues había venido para eso.

–¡Cinco hijos y, encima, este! –insistió la campesina.

–¡No tenía que haber tenido tantos!

–Y ¡además somos tan pobres!... –prosiguió la señora Lagnel, que no la había oído.

–¡Odio a los pobres!... –dijo Laurette.

Pero hablaba tan bajo que también eso se perdió.

–Estas damas van a entrar en casa... –se apuraba la señora Lagnel, todo amabilidad.

Entraron. La madre adoptiva, dejando fuera a los demás, había tomado al pequeño en brazos. Él se debatía gritando.

–¡Vamos, Pierre Petit! ¡Vamos!...

–¡Sáquelo de aquí! –ordenó Laurette—. No se puede hablar, y tengo que decirle algo.

Llamó al mayor de los niños para que se llevara a Pierre Petit, y no lo volvieron a ver. Empezaba la áspera discusión.

El sol se ponía cuando volvieron a ver a Marion y Laurette. El cóctel había alegrado a los tres, que las saludaron con gritos y risas. Pero, como Laurette estaba cada vez de peor humor, su alegría se transformó, durante todo el viaje de vuelta, en acritud. Llegaron a París, Charlie y la turca peleadas, y Laurette, una vez más, disgustada con lord Hampton.

XII



Para sumergirse en su nueva obsesión –Solesmes–, Marion sentía la necesidad de ser hombre. En su apartamento ya casi monacal de la orilla izquierda, la esperaba una soledad que no era la misma que la de Passy.

Fue la primera vez que su mesa de trabajo vio al poeta sentarse para algo que no fuera trabajar en las obras de otros o escribir versos. Y es que necesitaba, necesidad misteriosa, anclarse en ese mismo lugar en que su espíritu se había acostumbrado a las fatigas literarias. Solo allí podía realmente pensar.

La figura mística del novicio de Pascua... ¡Qué obsesión! Ser eso mismo, ayudar a misa vestido de aquellas blancuras angélicas, en esa atmósfera ultraterrena; llevar hasta la muerte, como única vestimenta posible, la *túnica masculina*; cortar todo lazo con la existencia ordinaria. ¿Acaso no profetizaron las voces de su infancia ese destino, el único que realmente le convenía?

«¡Será benedictino!»

En otro tiempo, esas palabras no habían representado más que una fórmula vacía de sentido. Desde su visita a Solesmes, sobre las paredes, en el suelo, en el cielo, incluso en la oscuridad, se inscribían milagrosas letras de luz dondequiera que se fijaran sus ojos sin mirada.

«¿Qué me impide ser monje?... Estoy acostumbrado al trabajo anónimo, al silencio, a la concentración. Podría ayunar cuanto fuera necesario. No tengo sexo. Estoy hastiado de la vida...»

Se cogió la cabeza con las manos, intentando creer. Solo eso le faltaba: creer.

¿El catecismo? Antiguo incordio infantil. Recordó con aspereza a sus preceptores, uno a uno, luego a los jesuitas del colegio. Ningún sacerdote sobrenatural había aparecido en su vida. Los que había conocido eran apenas recuerdos difusos. Había ido construyendo poco a poco, él solo, su reino místico, o más bien ese utópico cuento religioso que a menudo se susurraba a sí mismo. Las catedrales en las que había soñado, la música de Bach: eso era Dios para él. A eso era a lo que a veces había gritado: «¡Creo!». Pero bien sabía que no era suficiente. La antorcha que ardía en él, llama ascendente, se abatía a cada soplo de viento, con los humos acres de la desesperación.

Cuando uno dice «creo», tiene que decirlo sin cesar, no solo en los instantes líricos. Hay que decirlo en las horas mezquinas que la vida reserva a todos, incluso a los monjes. Hay que decirlo inmerso en la rutina cotidiana, decirlo cuando se sufre, cuando uno es miserable, pequeño, decirlo cuando el tiempo se hace largo, cuando el corazón late con normalidad. Hay que decirlo como si se dijera «sé», sin flaquear, sin dudar, sin cansarse, sin impacientarse por la lentitud de la vida antes de la hora de la muerte, hora bendita en que se deja de ser esa pobre cosa: un ser humano...

Nada de vagas aspiraciones fácilmente olvidadas ante el menor pretexto frívolo. Ser no solo creyente, sino católico, *elegir* la religión

familiar, ser católico como se es francés, como se lleva el apellido del padre...

«Primero tendría que ver a un sacerdote –se decía con valentía–, empezar por el principio...»

Pero sacerdotes había visto demasiados. Y si daba con un tendero, ¿podría confiarle desde un principio ese secreto tan difícil?

¡Los libros! ¿Por qué no intentar instruirse en el silencio y la perfección de la lectura?

Se volvió en la silla para mirar del lado conveniente. Entre los gruesos volúmenes encuadernados que llenaban su humilde habitación, sabía dónde encontrar la primera lectura de aquella noche.

Lentamente, se levantó.

Sin buscar mucho, puso la mano sobre un libro negro: los Evangelios.

Y, bajo la modesta lamparilla de estudio, comenzó su vigilia de armas.

Yo ya lo sabía... Tantas contradicciones... Y, además, ¡qué lejos está todo eso del catolicismo! El injerto occidental ha hecho brotar en el árbol sencillo de Oriente esas flores extravagantes y sublimes: las catedrales, las bellezas del culto, Roma y su papa todo blanco, que con su tiara parece, sentado en su trono, descender directamente de Heliogábalo²¹... ¿Hay siquiera una alusión a todo ello en la palabra de Jesús?

Los protestantes se parecerían más que nosotros al evangelio. Pero ¡qué sequedad, qué desvaríos en su «libre examen»!

Mas no debo desanimarme tan pronto. Hay respuestas a mis objeciones. Solo que las temo en los labios banales de un sacerdote

cualquiera. Voy a empezar por estudiar la liturgia, que conozco poco. Es color, es poesía. El protestantismo, sin belleza tangible ni misterios, no tiene nada que me atraiga. Prefiero lo absurdo vestido de oro, envuelto en incienso.

Es el incienso, y todo lo que comporta con sus humos, lo único que quizá me permitiría algún día llegar a ser católico.

Pero también están los estudios teológicos, y ahí empiezan las complicaciones. Pierdo pie más y más. Quiero aferrarme. El catolicismo es mi tradición desde hace siglos, forma parte de los colores de mi blasón. Lo amo por atavismo, antes de amarlo personalmente. ¡Un sacerdote! ¡Un sacerdote que sepa primero escucharme y luego responderme!

Cada domingo oigo misa en mi parroquia. Todo es bello, con la belleza de los viejos siglos, que siguen presentes en el ceremonial del domingo; todo es hermoso... hasta que empieza el sermón. ¡Ay! Caemos de nuevo en lo humano, en lo mediocre. Entre esto y aquello, la balanza pierde el equilibrio.

Miserable soñador, es a través de lo humano y sus oscuros horrores como hay que llegar a ser y seguir siendo creyente. Pero, cuando se tiene la desgracia de ser poeta, ¡cuán difícil es alcanzar lo sublime por caminos tan estrechos y sin encanto!

Contar con el encanto es jugar con las cosas de la tierra. Las cosas terrenales no deben ser más que lo que ellos llaman *la prueba*, una larga penitencia en la sombra antes de la alegría de la luz final.

Me gustaría escribir al monje que tan bien nos recibió en Solesmes. Pero ignoro su nombre. Podría volver a Solesmes en mi forma

masculina, y solo. Pero ¿cómo abordar a ese monje? Y ¿quién me dice que sea el alma que necesito?

Tengo miedo. Y, aunque fuera el alma que necesito, ¿osaría alguna vez decirle lo que soy? ¿Me aceptarían en un convento de hombres, con la parte femenina que hay en mí? Ni benedictino, ni benedictina. Las dos puertas se me cerrarán, como siempre.

Más vale no volver a Solesmes. Voy a acariciar mucho tiempo mi sueño monacal como un bello secreto que me consuele. No hay que estropear eso. En mi convento soñado, puedo ser feliz en silencio.

Quizá el destino me haga encontrar, de pronto, el sacerdote que necesito. En misa, rezo como puedo. Y luego miro pasar las sobrepellices y pienso: «¿Será este? ¿Será aquel?»...

Yo, siendo nada, era más que casto. Mi horror a la carne se acentuó a medida que pasaban las semanas de búsqueda.

Mientras tanto, no tengo más remedio que trabajar si no quiero morir de hambre, obligado a interrumpir mis lecturas y mis meditaciones para retomar esa página de novela, ese acto; obligado a ir a casa de Ginette; y, en todos esos escritos, en esos ojos que se cruzan con los míos, no hay más que eso: carne. ¡Qué carnicería nauseabunda! Quisiera no ver a nadie, confinarme en mi ardiente deseo de creer, en mis estudios frenéticos para creer. Ya casi no duermo. Terminadas las bajas tareas, vuelvo a mis libros, pidiéndoles la iniciación, la luz...

¡Y nada, Dios mío! Cuanto más leo, más me alejo de mi meta.

¡Solesmes! ¡Solesmes!...

El invierno pasado Midalge me había hablado de la pequeña poeta dadaísta Simone Luvedier (a quien veía a menudo en su casa),

súbitamente convertida.

Me he propuesto ir una noche a ese taller impuro. ¡Qué revelación, pensé! ¡Es a ella a quien necesito, a nadie más! ¿Cómo no lo habré pensado antes? Pero Midalge debe haberla perdido de vista. Ella no puede frecuentar ya esos círculos. ¡Da lo mismo! Intentémoslo.

–Pero, querido... –me dijo Midalge–. ¡Le arreglaré una cita!

Y así fue. Esta mañana me presenté en casa de Simone Luvedier. La encontré maquillada como siempre, en pijama de lujo, entre sus muebles exquisitos. Me habló de su conversión como de un tema literario, con comparaciones ingeniosas y mil ocurrencias. Su voz musical repetía: «¡Los tomistas, querido!...». Se movía con soltura entre ellos, como en otro pijama de lujo. Está preparando un libro deslumbrante, bajo los auspicios del clero. Sentí que la mimaban, en cierto mundo religioso, como a una pequeña celebridad. Salí de su casa aterrado. ¿Qué hacer? ¿Adónde quiero llegar?...

Marion, sintiendo que pronto tendría que guardar cama quizá por mucho tiempo, los miembros rotos por el cansancio y la fiebre, se apresuró a volver a su apartamento del XVI, más confortable. Miss Hervin iba a pagar caro los tormentos del chico de Valdeclare.

–Pero ¡en qué estado vuelve la señorita! –exclamó la señora Créponnet–. ¡La travesía del canal debió ser dura esta vez!

–Muy dura... –dijo Marion desmayándose.

Miss Hervin pidió a la portera que quemara en su presencia las numerosas cartas y postales neumáticas²² de Laurette, que yacían en el polvo. Desde el fondo del sofá, su rostro agonizante trataba de sonreír a la buena mujer, que negaba con la cabeza.

–¡Y pensar que la señorita no quiere ver a un médico!

–¡Por nada del mundo, señora Créponnet! Sé cómo curarme. Tengo que dormir, dormir. Nada más. En cuanto pueda, intentaré comer para reponerme. Ya ve, ni siquiera fumo. Pero tengo mis pastillitas para dormir... Solo eso me salvará.

–Pero hay una señora que ha venido dos veces en ausencia de la señorita. Si vuelve...

–Dirá que sigo de viaje. No quiero ver a nadie. A nadie... Menos que nunca...

Debo tener algo así como fiebre cerebral, pero no tendré la suerte de morir. ¡Solesmes! ¡Solesmes! Estoy en el infierno. Rápido, mis pastillas. Me las tomaré con la leche que la señora Créponnet me ha dejado para la noche. Cuando me recupere, si me recupero, tendré que viajar. ¿Por qué no ir de verdad a Londres, donde nunca he puesto un pie? La última obra que llevé a Ginette me la pagó muy bien. Tengo dinero. Londres. Un buen baño de protestantismo... Dios te salve, María... ¡Dios mío, si existes, haz que vea tu luz! ¿Se parecía el pijama de Luvedier al de Midalge?... La otra noche en casa de Midalge, el morenito ha estado a punto de arrodillarse al verme entrar. Pero las cartas de Laurette están quemadas y sus visitas evitadas de antemano, así que... El pijama de Luvedier y la túnica blanca del novicio... No quisiera ser benedictina... ¡Creí ser un chico hasta los quince años! ¡Solesmes! ¡Solesmes! ¡Solesmes! Será benedictino... dictino, dictino, dictino... dict... ¡Gracias, nada!

XIII



Después de más de siete meses de ausencia y silencio, Laurette, de pie en su gran salón y vestida completamente de blanco, recibió a miss Hervin sin sonreír, pero le tendió una manzana que estaba mordisqueando, con estas palabras apenas articuladas:

–¡Muerda! Está deliciosa.

Llevó la manzana hasta la boca de Marion, que mordió sin entusiasmo.

–Su boca está pálida. ¿Ha estado enferma todo este tiempo?

–Un poco, sí.

–¿En Londres?

–En Londres.

–Y ¿por qué ir a Londres y por tanto tiempo?... –dijo miss Wells, pensando en otra cosa.

Marion no respondió. Sabía que el interrogatorio no iría más lejos. Había tomado la decisión de volver porque la última de las incesantes notas de Laurette decía: «Si ya ha regresado, venga a almorzar a Neuilly. La necesito para un nuevo viaje a La Sarthe».

–Señorita, la mesa está servida... –anunció el ayuda de cámara.

Pasaron al comedor. Durante el almuerzo, sin mantel y sin pan, como siempre, hablaron en inglés. Al atacar los huevos de avefría,

Laurette contó que acababa de recibir, de un desconocido, unos poemas que le parecían bellos.

–Me los leerá luego, Marion.

Un leve estrangulamiento hizo que la voz de Marion sonara más extraña que de costumbre.

–¿Entonces vuelve a La Sarthe?

–Sí, mañana. ¿Viene conmigo?

–¿Por qué no? ¿Va con más gente?

–No, Marion. Solo nosotras dos. Es por esa horrible nodriza. El hijo de Aimée se ha caído, no sé bien qué le ha pasado. Lo han escayolado mal. Se necesitaría un especialista para curarlo, y eso cuesta mucho dinero. Quizá nada de esto sea cierto. Tengo que ir a comprobarlo.

–Y –Marion se contuvo– ¿cree que también iremos...?

–¿A su abadía? Sí, si le hace ilusión.

–¿Por qué *mi* abadía?... –dijo Marion sobresaltada.

–Porque me dijo que era tan bonita... Intentaré ir con usted esta vez. Pero no queremos ese hotel asqueroso, ¿verdad? Iremos a Le Mans.

–Iremos a Le Mans... –repitió como un eco Marion, que ya no sabía lo que decía.

Consiguió recuperarse para hablar de otra cosa.

–¿No quiere vino?... –preguntó miss Wells.

–No. Ya no bebo.

Cuando llegó el postre:

–Aquí tiene los cigarrillos, Marion.

–¡Gracias! No fumo.

–¿Tampoco? ¡Eso sí que es extraordinario! ¿Por qué?

–El tabaco es una esclavitud. Quiero ser libre.

–Y ¿qué hace con tanta libertad?

–¡Ah! ¿Qué hago con ella?...

Marion volvió la cabeza. Noviembre, agonizante, turbaba la ventana del mirador, ramas negras, grises fugitivos, lluvia.

–Hace frío –dijo Laurette–. Mañana llevaremos el coche cubierto.

Acurrucadas una junto a la otra bajo una manta, con una bolsa caliente a los pies, hicieron el viaje bajo una lluvia continua. Habían salido demasiado tarde. La noche llegó rápidamente. Los faros transformaban el campo, descarnado y oscuro, en un mundo de luces mágicas. La imaginación poética de Laurette encontró comparaciones encantadoras para celebrar el espectáculo. Marion apenas la oía, absorta en su ensueño. Su corazón latía como el de un enamorado de leyenda que va al encuentro de su prometida, temiendo encontrarla menos hermosa que en el recuerdo... o peor aún, más hermosa, pero dispuesta a decir no. Hacía siete meses que Solesmes torturaba su mente, llenaba su alma. ¿Cuál sería el resultado de esa segunda visita? La primavera ya no estaba para envolverlo todo de prodigio, no se preparaba ninguna ceremonia en la basílica. No habría esplendores de Pascua. El convento en su rutina austera, nada más.

«¡Mejor así!... Se acercará más a la verdad.»

Encontrar al monje, saber su nombre, no sería difícil. Después se intercambiarían cartas. Después...

–Las gotitas en los cristales son más hermosas que mis ópalos.

–¡Es verdad, Laurette!

–Mire la gruta azul en la que estamos entrando. Vamos a llegar donde viven las sirenas.

–Sí, donde las sirenas, Laurette. Las oigo llamarnos desde lejos...

Pero fue a Le Mans adonde llegaron, y miss Wells volvió a mostrarse irritable y regañona nada más empujar la puerta del hotel.

–Le aseguro, Marion, que es mejor ir primero a casa de la nodriza. No habrá oscurecido cuando lleguemos a Solesmes.

Hubo que obedecer. Marion lamentó amargamente no ser la dueña del coche, del horario, del capricho. El chófer encontró fácilmente la casita. El jardincillo, los árboles aun sin florecer, aparecía lúgubre al final de un camino lleno de baches bajo la lluvia incesante. Molesta por tener que cruzar lodazales, Laurette preparaba sus truenos helados.

La señora Lagnel fue a abrir, atónita al verlas. El barullo de los niños, un olor a hojalata caliente y humedad, el rezumar de las paredes, la suciedad de aquella casa demasiado pequeña para tanta gente, la penumbra en que flotaba esa pobreza hicieron que miss Wells, dando un paso atrás, soltara un «iaôh!» completamente británico.

La nodriza hablaba alto, presintiendo los reproches.

–Los niños no están en la escuela porque los dos mayores tienen catarro y los otros tres son demasiado pequeños para ir solos. Está lejos de aquí, ¿sabe? Y oscurece pronto. Con el tiempo que hace, se tienen que quedar encerrados. No es de extrañar que hayan puesto la casa patas arriba. Las señoras saben cómo son los niños. Yo acabo de limpiar. No se nota, claro. Si hubiera sabido que venían, todo estaría mejor, por supuesto, y la cama de Pierrot estaría un poco más blanca. Pero duermen dos en ella, y no somos ricos para cambiar las sábanas todos los días.

—¡Precisamente cuando no estamos es cuando debería estar limpio! —interrumpió Laurette alzando la voz—. ¡No tiene usted ni idea de higiene, ya veo! Gana lo suficiente con el pequeño para vivir decentemente y no en esta pocilga. ¿Dónde está?

—Allí... —señaló la mujer, hosca, preparada para defenderse.

—¿Dos en esa cama, por la noche, dice? —repitió Laurette—. ¿Dos en esa porquería? Y ¡está enfermo! ¿Qué tiene exactamente?

—Está así desde que se cayó de una escalera y el médico lo escayoló.

—¿Todavía está escayolado? —preguntó Laurette, mirando de lejos, asqueada, la pobre cosa pálida que yacía en la cama.

—¡Ya no! —dijo la nodriza, agresiva—. Pero no está mejor. Porque conseguir que apoye un pie en el suelo... ni soñarlo. Por eso escribí, porque el médico dijo que solo un especialista podría curarlo.

—Y ¡por eso hemos venido! —replicó Laurette severamente.

La mujer cruzó los brazos, rodeada de su prole, atenta pero inquieta. Una de las niñas fue a tocar las pieles de miss Wells.

—¿No puede mandar a los niños a otro sitio? Son demasiados para mí.

—Y ¿adónde quiere que los mande, con el frío que hace? Solo esta pieza está algo caldeada.

Marion, incómoda por dentro con esa triste realidad, se sentó resignada en la silla más cercana al niño enfermo. Los demás siguieron de pie.

«Con el carácter de Laurette —se decía, exasperada—, tenemos para más de una hora. Nunca llegaremos a Solesmes antes de que oscurezca.»

Su pie, impaciente, barría el suelo entre el jaleo de los niños. La voz chillona de la campesina lo dominó todo:

–¡Han venido a buscarme las cosquillas, ya lo veo! Pero ¡no me voy a dejar avasallar por ustedes...!

Al mismo tiempo que ella, Laurette:

–Si para colmo se pone insolente, ¡haré que la responsabilicen de lo ocurrido! En primer lugar, ¿cómo es que ese niño se cayó de una escalera? Con tres años...

Ambas voces se mezclaban en un tumulto de guerra. Después de un cuarto de hora de violenta discusión, una niña se puso a berrear.

Fue en ese instante cuando Marion dio un respingo. Estaba pensando: «¡Amar a Dios! Tenerlo como amigo. ¡Dios!».

Una manita demasiado caliente se posó en la suya y casi le arranca un grito, de sorpresa y disgusto. La retiró bruscamente. Desde el fondo de la cama oyó decir:

–Yo te quiero...

Giró la cabeza. El hijo de Aimée de Lagres, inmóvil sobre la negra almohada, la miraba, grandes ojos dorados, un poco asustados, pero magnetizados por el único ser de la disputa que estaba silencioso, tan silencioso al borde de su cama.

Una piedad repentina la arrancó de su oración muda. «Nacido de padre y madre desconocidos... –pensó–. Pobre aristócrata arrojado en esta cama de piojosos, en esta familia burda, y sin saber todavía que es una víctima...»

Inclinada, observaba al niño enfermo, sin pensar siquiera en responderle, después de tan conmovedora declaración. No conocía a los niños, nunca había observado uno de cerca.

«Injusticia –pensaba–, monstruoso egoísmo, iniquidad.»

El niño, incómodo por aquella mirada fija, se cubrió la cara con el brazo.

—¡Está bien! —concluyó Laurette, temblorosa—. De vuelta a Le Mans, iré a ver al especialista. Vendrá a ver al niño, y me enviará a mí la factura. Usted no recibirá ni un céntimo.

—¡Mamá! ¡Mamá!... —gritaban los pequeños.

El alboroto aumentó, llenando las estrechas paredes. Los hombros de Laurette se levantaban constantemente. El rostro de la nodriza se volvía repugnante.

¿Cuánto duró la escena? Finalmente:

—¡Vamos, Marion! ¡Ni un minuto más aquí! ¡Huele demasiado mal y es demasiado feo!

La señora Lagnel cerró la puerta sin atreverse a dar un portazo. En el jardincillo oscurecido seguía lloviendo.

En cuanto estuvieron en el coche:

—Y pensar que Aimée, ahora que ha vuelto a ser respetable, se niega a verme por miedo a que su marido lo sepa... —La breve risa de rabia despreció a toda la humanidad—. Ese niño se va a morir —continuó miss Wells—. Es lo mejor que puede pasarle.

—Hay que sacarlo de allí —dijo Marion—. Es simplemente horrible.

—¿Y para llevarlo adónde?... —respondió Laurette secamente—. ¿Quiere llevárselo usted?

Marion no pudo evitar una sonrisa.

Un silencio algo hostil dejó que solo se oyeran el motor y el sonido pegajoso de los neumáticos sobre la carretera mojada.

Un poco más tarde, miss Hervin preguntó tímidamente:

—¿Seguimos pensando en ir a Solesmes?

—¡Se lo he prometido! ¡Así que sí!... —gruñó Laurette.

Antes de la tercera curva de la carretera, la tarde, con la lluvia, empezó a caer. El resentimiento de Marion crecía por momentos. La obstinación de Laurette en querer pasar primero por casa de la nodriza, cuando era tan lógico empezar por la abadía, la llenaba de una indignación casi rencorosa. «¡Con ella, siempre se echa todo a perder!»

Laurette, tan tensa como ella, guardaba silencio, un silencio cargado de reproches interminables. Se encendieron los faros.

–¡Ya no vale la pena ir! –exclamó Marion con fiereza.

–¡Podía haberlo dicho antes!

–Lo dije al partir. Había que pasar primero por Solesmes.

–Solesmes era menos importante que lo otro.

No se miraban, esforzándose en mantener la frialdad.

–No hace falta luz para discutir. Se necesita para visitar una iglesia.

–Sí, pero visitar una iglesia es un añadido prescindible.

–Podíamos haber hecho las dos cosas, con un mínimo de organización.

–He ido, lo primero, al motivo del viaje. No me gusta molestarme por nada.

–No era por nada, ya que hacíamos ambas cosas al mismo tiempo.

–Para mí, llegar a tiempo es llegar justo en el momento oportuno.

–El momento era el mismo, una hora y media antes.

–Nadie nos lo dijo. La señora Lagnel podía no haber estado.

–¡Qué tontería! ¿Dónde podría haber ido?

–¿Sabe usted cómo vive?

–No necesito saberlo. Su casa está lejos de todo y llovía a cántaros.

–Justamente.

–¿Por qué, justamente?

–Podía estar haciendo recados.

–¿De compras, a esas horas, en el campo y en esta época?

–Las compras se hacen cuando se puede, incluso en el campo.

–¡No me haga reír! Con todo esto, no veremos nada.

–Hemos visto lo que había que ver.

–Entonces, dígle a su chófer que vuelva a París.

–¿Ahora? ¿Después de habernos hecho dar este rodeo inútil...?

–No sería un rodeo si hubiéramos empezado por allí.

–Pero ¡no había que empezar por allí!

Las manos de Marion temblaban. Miss Wells continuó. Solo el silencio le respondió. Cuando el coche finalmente se detuvo:

–¡Bueno, ya está! Hemos llegado. ¿Está satisfecha?

El chófer abrió la puerta bajo la lluvia negra; en la sombra, Marion, desde su sitio, distinguió la verja de entrada al convento. ¿Llamar a esta hora, sin saber por quién preguntar? Y, en el caso de que saliera a un monje, ¿qué le diría?

–¿Y bien? ¿No baja?... –preguntó Laurette, exasperada.

Marion cerró la puerta con violencia.

–¡No! ¿No ve que sería ridículo?

–¡Lo ridículo es obligarnos a hacer este viaje para nada!

Marion bajó el cristal delantero.

–¡A París!... –ordenó al conductor.

Y, ciertamente, Laurette no podía imaginar la sombría desesperación que contenían esas dos palabras.

XIV



Un mensaje telefónico, redactado la víspera, despertó bruscamente a miss Hervin a la mañana siguiente. Apenas había dormido tras una noche de fiebre.

«¡Laurette es realmente detestable!»

Rasgando el papel con gesto asesino, leyó:

De todas formas, A. tiene que saberlo. Arrégleselas.

Anonadada desde hacía tantas horas, una furiosa ironía volvió a darle vida. Se apresuró a arreglarse. Y, de rabia, reía.

Tan pronto estuvo lista, se sentó en su pequeño escritorio.

Respuesta:

Arrégleselas usted misma. No tengo tiempo.

Iba a levantarse para correr a la oficina de correos. Siguió sentada, con desazón, los ojos en la palma de la mano.

¿No era mejor fumar cigarrillos y beber vino que dejar aparecer, al primer signo, el espíritu de venganza?

Lentamente, rompió el trozo de papel. Con un esfuerzo inaudito, todas sus facultades intentaron hacer entrar en su corazón la clemencia; más aún: la contrición.

Era más hermoso, sin duda, más fructífero que una visita a Solesmes.

La caridad no es un tema de meditación, sino de actos prácticos. Mediante una casuística sutil, había que llegar a probar esto: Laurette, con todos sus vicios, su manera brusca de hacer el bien y su irritación perpetua, mostraba más altruismo que Marion, futura benedictina. Lo que contaba era el resultado de dos sumas. Por un lado, el dinero, la ayuda inmediata al niño enfermo, el total desinterés en su ayuda a la ingrata Aimée; por otro el placer de dirigirse hacia un sueño aceptando un lugar en el coche amablemente ofrecido.

«No pude ver nada, pero tenía la intención...»

Con un gran suspiro, Marion terminó de convencerse. Le tocaba a ella inclinarse humildemente y agradecer el hermoso ejemplo. ¿Y cómo agradecer, sino prestando el pequeño servicio pedido, servicio que, además, concernía al niño amenazado de muerte?

—Porque va a morir... —dijo en voz alta miss Hervin cogiendo su sombrero.

Su falta de verdadera piedad por el pequeño mártir se le hizo evidente. Entre las agitaciones y crispaciones de ayer, solo unas palabras tiernas se habían dicho, las pronunciadas por una boca de tres años desde un lecho de miseria: «Yo te quiero...».

Y ni una respuesta, ni una sonrisa para reconocer esa dulzura. ¡Qué descortesía! ¡Qué decepción, quizá, para el niño!

«Yo te quiero...» Eso merecía el viaje; pues, por primera vez, unos labios inocentes decían algo así al «pobre tipo» solo en el mundo en medio de los impuros. Y, sin embargo, necesitaba un razonamiento,

laborioso como un cálculo, para hacer que esas tres palabras entraran en su corazón.

¿Lágrimas? Con el sombrero brutalmente hundido hasta los ojos, miss Hervin se apresuró a salir, dispuesta a cumplir la misión confiada por Laurette.

Antes de volver a montar guardia como en los tiempos de la condesa, se le ocurrió la simple idea de ir primero a asegurarse de que la señora de Lagres estaba en París.

Durante el trayecto en autobús hacia el parque Monceau, se obligó a profundizar en sus descubrimientos.

«Ahora no se trata ya –pensó– de hacer de intermediaria en la novela equívoca de tres aburridas, sino de la vida de un pobre y pequeño ser humano.»

Y se sorprendió al constatar algo que no le había chocado hasta ese momento. ¡La deriva tan grave que había tomado aquella loca aventura!

Poco a poco, tuvo la sensación de asomarse a un abismo súbitamente abierto. Entonces surgió una pregunta terrible.

¿A quién correspondía exactamente la responsabilidad de ese dolor de tres años, abandonado en el fondo de un tugurio de La Sarthe? Para salvar a Aimée de Lagres, muñeca poco interesante, ¿quién había decidido que su hijo fuera sacrificado?

Las tres lo consideraban en ese momento una enfermedad vergonzosa, una especie de tumor del que uno se hace operar en secreto por un médico desconocido. Pero ahora, ya ha nacido, ahora habla, siente, va a crecer, a convertirse en un hombre si no muere en unos meses... Y ¿si muere en unos meses?... ¿Quién será entonces el verdadero asesino de esa vida apenas floreciente?

La cabeza muy baja, Marion entró por la puerta cochera del edificio donde vivía Aimée.

–¿El señor y la señora de Lagres?... Llevan un mes en Egipto... ¿Cuándo volverán? No se sabe. Creo que luego irán a la India.

–Gracias... –dijo Marion cerrando la puerta de portería.

Y, ya en la calle, se puso a andar rápido, mordiéndose los labios.

Laurette, todavía en la mesa, se sorprendió al verla aparecer con aquel aspecto.

–No habrás almorzado, espero. Siéntate. Te traerán unos platos.

–¡No! ¡No quiero comer nada! Laurette, está ocurriendo algo muy grave –dijo Marion en inglés, marcando las palabras–. Primero, ayer no volvimos a Le Mans para ver a ese especialista, y el niño sigue clavado en su cama sucia. Es más culpa mía que suya. La alteré con mis amarguras, y de tanto discutir hice que lo olvidara todo. Y ahora, al recibir su mensaje, fui a informarme en casa de los Lagres. Están fuera y no volverán en meses. ¿Entonces?...

Marion estaba tan pálida que Laurette empezó a observarla, sin siquiera responder. De pronto se levantó.

–Échese... –le dijo sosteniéndola justo a tiempo.

Miss Hervin abrió los ojos en los brazos de Laurette. La habían acostado en un diván, en un rincón del mirador, y la criada le humedecía las sienes con vinagre mientras el mayordomo sostenía el bol.

–Qué tonta... –murmuró.

Luego volvió a cerrar los párpados porque el comedor le daba vueltas.

–Vamos, Marion. Vamos... –repetía suavemente Laurette, dándole golpecitos en las manos.

El desmayo, poco a poco, se fue disipando.

–Le pido perdón... Le pido perdón...

–¡Ay! ¡Qué susto me ha dado! –suspiró miss Wells, sonriendo al verla volver en sí.

–¿Quiere la señorita que enviemos el coche por el médico?

–¡No! ¡No! –dijo Marion, intentando incorporarse—. No es nada, ya pasó, ¡de verdad!

Un momento después, medio acostada entre un montón de cojines y a solas con Laurette:

–No piense más en este absurdo desmayo. Tiene que escucharme, Laurette. No podemos dejar a ese niño donde está. Es, simplemente, un crimen.

–Querida... –susurró Laurette—. Está aún tan pálida. Necesita usted muchos cuidados. No la encuentro bien desde que la he vuelto a ver. Me ha dicho que ha estado enferma. Me lo dijo, ¿verdad? ¿Qué tenía?

–Nada, se lo aseguro. Un poco de agotamiento. ¿No quiere escucharme?

–Quiero todo lo que pueda hacerla feliz.

–¡Entonces, volvamos allá! Llevaremos al especialista de Le Mans, o a otro, a casa de la señora Lagnel. A ese niño hay que tratarlo cuanto antes. Tal vez el médico tenga una clínica donde ingresarlo.

La señorita Wells, súbitamente erguida, dudó con la cabeza.

–¡Aimée es el colmo! –exclamó con mirada dura—. Ella se pasea por el mundo y nos deja a nosotros todos los problemas. –Reflexionó un segundo—: ¿No cree que su hijo estaría mejor en la Asistencia Pública?

–Tal vez. Sí, lo creo... Pero primero hay que curarlo.

–¿Curarlo, para qué? ¿Qué haremos luego con él? Tal vez sea... ¿la Providencia, como usted dice?... la que lo hizo caer enfermo para que muera.

–¡Oh! ¡Laurette!

Marion, de pronto, se incorporó por completo.

–¡Un niño no es un cachorro o un gatito que se ahoga porque tiene sarna!

–¡Desgraciadamente!... –dijo Laurette con gran crueldad.

Marion se puso de pie.

–Cuando Aimée vuelva, haré todo lo necesario por verla, por ponerla al corriente para arrancarle una decisión, dinero... Pero repito: mientras tanto...

–Bien sabe que yo seguiré dando dinero –se ofendió Laurette–. Lo prometí. ¿Por qué habla de eso?

–Perdóneme, Laurette. Sé lo generosa que es usted. Pero no se da cuenta (y yo tampoco lo comprendía antes de esta mañana) de que entre las tres hemos hecho algo criminal con ese pobre niño. Y yo soy la más culpable, yo, que organicé todo esto como una miserable obra de teatro.

–Vamos, Marion, vamos... ¡No inventemos remordimientos! Volveremos allá si así lo quiere. ¡Terminarán por conocernos en La Sarthe! ¡Ah! ¡Tengo una idea! Llevaremos a ese hombre, ¿sabe?, ese joven científico que ha visto en mi casa alguna vez y que, según dicen, lleva camino de ser un gran cirujano... ¡Eso es! Ahora lo veo claro. Deje que me encargue de eso. Él nos dirá dónde meter al niño para curarlo, si es que puede curarse. Después... bueno, ya veremos. Nunca hubiera creído –continuó con su risa más encantadora– que tendría que ocuparme tanto de una nodriza y un

crío. ¡Es hermosa la búsqueda de la paternidad! Una forma bien inesperada... y bien laboriosa de hacer un hombre. –Volvió a ponerse seria–: ¿Está satisfecha?

Con las manos entrelazadas:

–Querida... –dijo una vez más, muy bajito, la ceja izquierda en movimiento.

Este nuevo viaje presentaba tantas complicaciones que solo pudo concretarse finalmente para el 20 de diciembre.

–¿Por qué no esperar al 24? –preguntó Laurette–. Iríamos también a la misa de gallo en Solesmes. Debe ser aún más hermosa que la de Pascua. Además, sería divertido celebrar la Nochebuena fuera de París.

–Sí, la misa de gallo... –soñó Marion, cerrando los ojos. Pero, heroica, sacrificó ese hermoso espejismo–. ¡No, no! Dijimos el 20, mantengamos el 20.

Ocurrió el 17, al pasar, absorta, por una calle pobre, a pie, con frío.

El pequeño abeto, solo, con sus velitas encendidas y sus oropeles, en una humilde vitrina, parecía tener colgados de sus cortas ramas los asombros de la infancia, la ingenua imaginería navideña; y los juguetes de pocos céntimos, las estrellas, las bolas y los zuecos de azúcar pintados que lo adornaban entre escarcha e hilos de ángel contaban, con una elocuencia modesta surgida de lo más profundo de los siglos, el viejo prodigio de todos los años.

Marion se detuvo bruscamente. Lo miraba. Ese nudo en el corazón que tanto le dolía al final del año la devolvía de pronto a la piel del antiguo muchacho privado de la alegría universal, en lo profundo de su espantoso castillo, entre los campos de remolacha del norte.

«¡Qué feliz será el niño que reciba esto como regalo!»

La mano en la boca, dejó de respirar.

–¡Oh, qué idea!

Entró en la tienda segundos después el tiempo justo para que le cambiaran las velas consumidas por otras nuevas, y salió cargada con su incómodo fardo, un poco avergonzada, un poco feliz, un poco melancólica; y sus ojos buscaban sin esperanza un taxi que por azar pasara por allí para devolverla a casa.

–¿Qué es eso? –preguntó Laurette, ofuscada.

Habían tenido que levantarse temprano. Eso, automáticamente, la ponía de mal humor.

–Pero si parece un árbol de Navidad... –dijo el joven médico residente.

–Lo es... –confesó Marion, agachando la cabeza.

–No irá a llevarle eso al niño, ¿verdad?

–¡Sí, Laurette!

–Para empezar, nos va a estorbar en el coche. No podremos ni mover los pies. Y además, es una tontería acostumbrar a ese niño a los regalos. ¡Déjelo aquí!

–¡Oh, Laurette!... ¡Se lo ruego!

Miss Wells cedió a regañadientes. El fastidioso arbolito iba a ser el tema ideal para que refunfuñara irritada durante el viaje. Al cabo de una hora, Marion tuvo la sensación de que las venas de sus sienes estaban a punto de estallar. Sin embargo sonreía, decidida a soportarlo todo. El joven médico se divertía. Tenía un rostro hermoso y serio, y unos ojos alegres. Sentado entre las dos amigas, quizá trataba de desentrañar el misterio de esta expedición que le obligaban a hacer. Lo habían llevado una vez a casa de miss Wells, y

había vuelto con frecuencia, atraído, como todos los refinados, por su inédita personalidad.

Una sorpresa. La casa estaba limpia, los niños aseados, la señora Lagnel sonriente.

—¡Las visitas inesperadas la han hecho mejorar!... —dijo enseguida Laurette, casi decepcionada por esta atmósfera donde sus reproches ya no tenían cabida.

El árbol de Navidad, aún en el coche, esperaba su entrada triunfal.

El pequeño Pierre, tumbado bien que mal sobre dos sillas junto a la estufa, devoraba con la mirada al trío invasor. Los otros niños volvieron del jardín, pero, bien educados, no dijeron una palabra ni se movieron.

—Ahí tiene al pequeño enfermo, y irealmente parece estar muy delicado!

El residente se acercaba, profesional.

—¿Desde cuándo está así?

A un interrogatorio clínico, respuestas precisas con un «Señor doctor» que acentuaba la corrección de la nodriza.

—Hay que acostarlo en su cama y desnudarlo. Lo voy a examinar.

Asustado, el pequeño empezó a gritar.

—¡No tengas miedo! —repetía suavemente el joven sabio—. No te voy a hacer pupa.

Pero, agitando los brazos con desesperación, el pequeño Pierre pedía socorro a gritos.

—¡Tía Lagnel!... ¡Tía Lagnel!

—¡Fuera los demás! ¡Somos demasiados!

—¿Habéis oído al señor doctor? ¡Fuera! El señor doctor va a revisar al primito.

Y la panda, obediente, volvió al jardín. No llovía.

Mudas, junto a la cabecera, Laurette y Marion, hombro con hombro, adelantaban la barbilla.

–¡Vamos, Pierrot! ¡Cállate! ¡Déjate desvestir! El señor doctor no es malo. Te daré un terrón de azúcar. ¡Estate quieto!... ¿Quieres que te dé dos bofetadas? ¡Al final la tía se va a enfadar!

Miss Hervin dio un paso.

–Escucha, Pierrot, ¿no me reconoces? ¿No recuerdas lo que me dijiste la última vez? Dame la mano... Eso es, ¡qué amable! Si eres bueno, tendrás algo precioso. Te lo voy a enseñar.

Se volvió hacia la señora Lagnel.

–Vaya a decirle al chófer que traiga lo que hay en el coche.

–¡Esa sí es una buena idea! –murmuró el residente.

Al ver que la nodriza salía, el niño empezó a gritar.

Laurette encogía los hombros.

–¡Prefiere a esa bruja antes que a nosotras!

–Tiene tres años –observó el residente.

Marion corrió a la puerta. Estorbado por la estrechez del marco, tintineante, perdiendo estrellitas, el árbol de Navidad entraba. Lo cogió de manos del chófer, al que seguía una Lagnel deslumbrada y el clamor de los niños en el jardín.

–¡Mira, Pierrot, mira! ¡Es para ti!

Los ojos del niño, todavía con lágrimas y como sumergidos en un agua dorada, se agrandaron. Hizo un esfuerzo por incorporarse.

–¡Míralo bien! Es un árbol de Navidad. ¿Sabes lo que es un árbol de Navidad? ¿No? ¿Ves las estrellas? ¿Ves las velas? ¿Ves los juguetes? ¿Y esto? ¿Y esto? ¿Y esto?...

Ahora podían desnudarlo con rapidez.

–¡Sigue mirando! ¡Sigue mirando, Pierrot! ¡Es para ti! Ahora mismo encenderemos las velas. Es bonito, ¿verdad? Es un árbol de Navidad. Los primitos entrarán. Y tú les darás lo que quieras. ¡Será muy divertido!

Desnudo en la cama, palpado, manipulado, auscultado:

–¿Es para mí todo eso?... ¿De verdad?

–¡Claro que sí, claro que sí! –decía la nodriza–. ¡Dale las gracias a la señora!

–¡Gracias, señora!... ¡Oh, los zapatitos! ¡Dáselos a Pierrot, señora!

–¡Ahora mismo! ¡Ahora mismo! Te parece bonito, ¿verdad?

–¡Sí, muy bonito!

–¡Anda! No habías visto esto. Mira, debajo de esta rama...

–¿Qué es?

–Un silbato, creo.

–¿Un silbato?

–Sí. Y ¿eso qué es?

–Eso es un guau-guau.

–¿Y eso? ¿Y eso?

Marion se apresuraba, diciendo cualquier cosa para mantener la atención del niño. El árbol le pesaba. Por entre las ramas, que le arañaban el rostro, seguía las expresiones del niño, absorto en los sortilegios.

–¡Se acabó! –dijo de pronto el residente incorporándose.

Marion dejó el árbol sobre la mesa.

–¿Entonces?

–Este niño no tiene absolutamente nada. La rigidez se debe al yeso, nada más. Después de su caída, deberían haberlo obligado a

caminar poco a poco; en lugar de esto... Pero le haremos mecanoterapia, y en un mes no quedará rastro.

–¡Ah! –respondieron todas las voces al unísono.

–Eso sí, es una naturaleza frágil, nerviosa... Hará falta...

–¿Señora?... ¿Señora?... –interrumpió el niño.

–¿Qué pasa, pequeño mío? –se apresuró Marion, inclinándose sobre la cama.

Los bracitos del niño rodearon su cuello. En su oído, una vocecita deshecha por la angustia:

–¿Dime?... ¿Te vas a llevar tu árbol de Nonel?

Marion escondió el rostro en el cuello del pequeño, cerrando con fuerza los párpados para contener el repentino torrente de lágrimas.

–¿Llevarme el árbol?... ¡Oh! ¡Cómo puedes pensar algo así!... ¡Pobrecito mío!... ¡Pobrecito mío!

XV



El regreso a los faros no despertó en Laurette las imágenes encantadoras que uno podría imaginar. Llena de sentido práctico, su interés se centraba en saber cómo se seguiría el tratamiento indicado. La mecanoterapia requiere una delicadeza que no podía exigirse a la señora Lagnel. Podía dejar al niño lisiado si iba demasiado rápido. Le habían prohibido intentar nada hasta recibir instrucciones.

—¿Qué haría usted en mi lugar?

—Es una cuestión bien espinosa, señorita. No parece que deba quedarse donde está, sobre todo en ese estado de anquilosis. Si su salud fuera buena, aún podría ir tirando. No parece que esa mujer lo maltrate, tiene buena pinta. Pero ya han visto lo que ha pasado. Con esa pandilla de mocosos sin vigilancia que lo rodea, podría recibir más de un golpe. Y la forma de cuidarlo... Habría que conocer a los médicos de la zona... Pero no tenemos tiempo. Yo debo estar mañana por la mañana en el hospital... Ese niño tendría que estar más cerca de París, bajo su vigilancia. Quizá se podría encontrar otra nodriza... También hay orfanatos...

—¡Orfanatos! ¡Eso es! —exclamó Laurette, que se apuntaba a cualquier nueva idea.

Y siguió una especie de investigación incoherente, a la que el joven residente intentaba responder lo mejor posible. Poco a poco, la conversación cambió. Marion no decía nada.

A las puertas de París, el interno recitaba versos de Valéry. La entrada del coche en el jardín de Neuilly lo interrumpió en medio de un soneto de Mallarmé.

—¡Cena usted con nosotras! —anunció Laurette—. Después el coche lo llevará a su casa.

No opuso mucha resistencia. Lo dejaron en el salón principal; Marion y Laurette, al subir al cuarto de baño, lo oyeron interpretar al piano el *Arabesque* de Debussy.

—Aquí tienes los polvos, el pintalabios y todo lo necesario... —dijo Laurette—. No toca mal ese chico. Pero está ingenuamente encandilado con el modernismo. Temo que sea un esnob de baja calidad. Aquí hay agua para las manos.

La doncella se esfumó.

—Laurette —dijo miss Hervin—, ¿quiere dármelo?

—¿Darle qué, Marion?

—¿El niño de Aimée?

La boca de Laurette se frunció para reír. Miró a miss Hervin... y no rió.

—¿Qué quiere decir?

—¡Oh, Laurette, si supiera!

—¡Marion! ¿Usted?...

Laurette se abrazó a ella, apretándola contra su pecho, con la borla de empolvase aún en la mano. La música, abajo, cesó.

—¡Marion! ¡Marion! ¡Se lo ruego, no solloce así! ¡No sé nada de usted! ¡No conozco su vida!... ¿Por qué ha dicho eso?... Ese niño...

¿Ha tenido un hijo... y lo ha perdido? ¿No? Perdóneme... Seguro que estoy diciendo tonterías... Es la primera vez que es usted humana conmigo... ¡La quiero tanto!

Marion, tambaleante y llevada con dulzura, se dejó caer en una silla frente a los cosméticos y el espejo de tres caras. Su extraña cabeza de chico se apoyó contra miss Wells, de pie tras ella. Ambas se veían reflejadas de frente y de perfil.

–Es usted tan hermosa... –murmuró Laurette, mirándola en los espejos.

El llanto se detuvo rápidamente. Marion se secó cuidadosamente los párpados, corrigiendo el rímel que se había corrido con las lágrimas.

–Sus ojos... sus ojos, que no quieren mostrar que han llorado... Ya están secos...

Con un amplio movimiento, miss Hervin se apartó del espejo para contemplar de arriba abajo a Laurette, que se inclinaba un poco. Sus dos manos la tomaron por las muñecas.

–¿Marion? ¿Qué?... ¿Quiere que lo adivine todo?... ¿Qué puedo hacer por usted, ser querido, querido y grande?

La voz ronca sonó especialmente masculina.

–Cuando todo esté listo en mi casa para recibirlo, ¿me prestará su coche para ir a buscar al niño? Es lo único que le pido.

Para mayor delicadeza, Laurette habló con un tono tan bajo que apenas se oía:

–Marion... No sé nada... Quiere a ese niño... Se lo doy, por supuesto. Pero... usted... Será una carga pesada para usted. ¿Aceptará, quizá, ya que yo debía seguir ocupándome de él, que costee...? ¿O que contribuya...?

–Siempre tan espléndida, Laurette. Pero me gano bien la vida, ¿sabe? –Y, ardiente, añadió–: ¡Y a partir de ahora mejor!

–Escuche, Marion. Yo quiero...

El ayuda de cámara apareció en la puerta.

–¡Ay! ¡Tenemos que cenar! –dijo Laurette–. ¡Y oír hablar de literatura!

Sin haber averiguado nada del misterio de miss Hervin, sin preguntar nada, delicadamente, se hizo a un lado para dejarla pasar.

Aún conservo una granja intacta, allá arriba, en el norte, junto a las ruinas del castillo. Iré a verla. Los granjeros solo me conocen por el arrendamiento que me pagan. Diré que soy una sobrina, o una prima, por si saben que Hervin de Valdeclare solo tuvo un hijo. Por lo demás, en el Registro Civil figuro como mujer desde que mi tío hizo que lo cambiaran. Pero la guerra es cosa pasada. No debe subsistir nada de tiempos pasados. Si puedo vivir en algún anexo o reparar algunas de mis ruinas, ahí estará nuestro hogar para los veranos. Hacer posible una infancia feliz como corresponde a un verdadero niño en aquellos paisajes que fueron mi infancia... ¡Qué revancha! En invierno, bastará mi apartamento del XVI para los dos, a la espera de algo mejor. Si dejo el piso de la orilla izquierda, podré permitirme un alojamiento más grande en París. Tendré una niñera inglesa para mi pequeño. Las *nursery rhymes*²³ son semillas de poesía que germinan durante toda la vida.

¿Quién me habría dicho que algún día estaría agradecida a la memoria de mi tío? Si no se le hubiera ocurrido convertirme en mujer, nada de esto habría sido posible. ¡Cuántos meandros oscuros antes de la alegría!

¡La alegría!...

Puedo sacrificar a la alegría mi orgullo de muchacho. Mi amor maternal siempre será un poco masculino, inevitablemente, pero, cuando se lleva un niño de la mano, también es un orgullo ser mujer.

Él me creará su madre, y eso me dará, por fin, un sexo. A esa mujer la llamaba «tía Lagnel», y nada más. ¡Qué emoción sentí al oírlo! Le conservaré su nombre. Pierre, no hay duda. Pierre Hervin de Valdeclare... Creo que puedo adoptarlo inmediatamente, pero no hace falta que nadie lo sepa. A ojos de muchos, voy a pasar por una madre soltera. ¡Qué bendición, cuando se es un huevo claro! En cuanto a Ginette y compañía... Mejor no profundizar demasiado. No me falta trabajo, con todos los bandidos que buscan negros. Puedo volver a mis artículos de cuando era estudiante de Derecho. Incluso continuar con mis autores actuales. Solo hay que no dejarse ver, nada más.

¡Pobre Pierrot! También él partía en la vida para vivir al margen de sus posibilidades. Nacido de padres desconocidos... Yo seré su padre y su madre en una sola persona... Así que tengo razón en ser dos.

¡No!, voz de mi infancia, «¡no será benedictino!».

La señora Lagnel llegó incluso a llorar, como si lamentara la marcha del niño por algo más que por el dinero.

—Pero si es su hijo, ¡es natural que lo recupere! Si logra que camine, será un chico muy majo, más adelante. Y dulce como una niña, aunque tiene su carácter, a veces...

—Dígame una cosa... ¿Está bautizado?

—¡Yo no le he hecho bautizar, desde luego!

—Entonces no lo está. Está bien. Eso será lo primero que haremos.

–Pero sabe decir: «Jesusito de mi vida, te doy mi corazón». Yo siempre he sido muy religiosa.

–Cuando se vive tan cerca de Solesmes...

–¿Conoce usted la abadía? Debería ir al pasar. Con su coche, no es nada.

–No, no iré. Ya no tengo tiempo... ¿Pierre está listo? Le he dado el dinero, nuestras cuentas están saldadas... Tenga, esto es para usted. Sí, sí, tómelo. Será para la libreta de ahorros de sus pequeños. Siento que estén en la escuela. Adiós, tía Lagnel, adiós... ¡Dale un beso a tu tía, Pierre! Pero ¡no tengas miedo! ¡El coche no se irá sin ti!

Todo embutido en su traje de domingo de aldea, todo arropado en su manta de enfermo, Marion lo apretaba contra sí algo virilmente, mecidos por el vaivén del gran coche de miss Wells.

–¡Me haces pupa, señora! –protestó la voccecita asombrada.

Inclinada sobre su presa, la señorita de Valdeclare le dijo temblorosa, esforzándose por suavizar su voz hundida en la eterna muda:

–A partir de ahora, amor mío, no hay que decir «señora». Tienes que decir «mamá».

Notas

¹ Juego de fichas cuadradas con un número, una letra o un trozo de imagen que se pueden deslizar por un tablero, horizontal y verticalmente, para colocarlos en el orden pedido o para reconstruir una imagen. *[Esta nota, como las siguientes, es del traductor.]*

² Tras la ejecución de Robespierre y de otros elementos jacobinos, la Revolución francesa se adentra en una fase moderada. Se redacta una nueva Constitución en 1795 y se ensaya la fórmula del Directorio, así denominado porque el poder ejecutivo quedaba en manos de cinco miembros o directores, hasta 1799.

³ Giovanni Pico dei conti della Mirandola e della Concordia (1463-1494) fue un humanista y pensador italiano. Por sus conocimientos, que abarcan diversas disciplinas, es considerado un polímata.

⁴ Philippe Gaubert (1879-1941) fue un director de orquesta, flautista y compositor francés.

⁵ Charles Tournemire (1870-1939) fue un organista, improvisador y compositor francés. Ocupó el puesto de organista en la basílica de Santa Clotilde de París desde 1898 hasta 1939.

⁶ Cita de Alfred de Musset (1810-1857), escritor y dramaturgo francés del romanticismo.

⁷ Demonio asociado al pecado capital de la lujuria.

⁸ Hasta mediados del siglo pasado había en las paradas de autobús de París una máquina que proporcionaba un número de orden para subir.

⁹ Benoît-Constant Coquelin (1841-1909) fue un famoso actor francés que interpretó el papel de Napoleón Bonaparte en una obra de teatro. Su interpretación quedó inmortalizada en una fotografía de 1899.

10 «Como si sus papeles los dominaran, igual que los siete demonios expulsados por Jesús dominaban a María Magdalena», Lucas, 8, 2.

11 *Cabot*: actor inexperto o de escaso talento.

12 El femenino en francés de *fou* es *folle*, mujer atacada de *folie* (locura). La aparente contradicción en la formación del femenino se debe a que deriva, de manera natural, de *fol* (forma antigua, aunque todavía usada para designar a un loco).

13 Barrio de París en el distrito XVI en la margen derecha del Sena. Fue un ayuntamiento independiente hasta ser absorbido por la capital en 1860.

14 Flor de la cala, planta ornamental propia de suelos húmedos que da flores blancas en forma de copa.

15 Y bien, Marion, ¿hay noticias? ¿La ha visto?

16 Oh, ya veo.

17 *La Sarthe* es el nombre tanto de un departamento como del río que lo atraviesa, ambos de género femenino en francés. Dado que la autora no lo aclara, se ha optado por el río Sarthe. El departamento está situado al noroeste del país y su capital es Le Mans.

18 Carlos V, conocido como «el Sabio», fue rey de Francia desde 1364 hasta su muerte en 1380.

19 Expresión usada en las culturas turca y árabe con el significado de «señora y señor».

20 ¿De qué hablan?

21 Alusión al emperador romano Heliogábalo, nombre que se da en castellano a la persona dominada por la gula.

22 Carta análoga a las corrientes, pero en papel muy fino, que se enrollaba y circulaba en París por tubos neumáticos.

23 Rimas o canciones infantiles tradicionales en inglés, que se caracterizan por ser cortas, pegadizas y de un lenguaje sencillo, ideales para los niños pequeños.

ALBA RARA AVIS

TÍTULO ORIGINAL: *L'ange et les pervers*

© DE LA TRADUCCIÓN: Andrés Ruiz Merino

© DE ESTA EDICIÓN: **ALBA EDITORIAL, s.l.u.**

Baixada de Sant Miquel, 1 08002 Barcelona

www.albaeditorial.es

DISEÑO: Pepe Moll de Alba

PRIMERA EDICIÓN: marzo de 2026

PRIMERA EDICIÓN DIGITAL: marzo de 2026

ISBN 978-84-1178-236-4

REALIZACIÓN EDITORIAL: La Letra, S. L.

CONVERSIÓN A FORMATO DIGITAL: Estudio eBook

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

ALBA

Alba es un sello editorial que desde 1993 lleva recuperando grandes clásicos de la literatura universal (Alba Clásica y Alba Clásica Maior) en nuevas traducciones y cuidadas ediciones. Presta asimismo atención al ensayo histórico y literario en su colección Trayectos, donde también se publican diarios y libros de memorias.

En el campo del teatro y el cine, merecen una especial mención la colección Artes Escénicas, dedicada a la formación de actores y profesionales en general del teatro, y la colección Fuera de Campo, con textos de formación en todos los ámbitos cinematográficos. También destacan sus Guías del escritor destinadas a aficionados y profesionales de la escritura. Por todo ello le fue concedido en 2010 el Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial. En 2012 incorporó a su catálogo dos nuevas colecciones de literatura, Contemporánea (dedicada a la ficción de hoy) y Rara Avis (clásicos raros y no canónicos del siglo xx), e inició una línea de infantil/ilustrado con la publicación de una serie de libros disco, a los que pronto seguirían nuevas colecciones como Pequeña&Grande, Pequeños Grandes Gestos y Cuentos Vintage. En el año 2018 ha lanzado una nueva colección de poesía.

Consulta www.albaeditorial.es